

JUAN M. LOPE BLANCH

EL LEXICO INDIGENA  
EN EL  
ESPAÑOL DE MEXICO

308  
J88  
No. 63  
ej. 2

JORNADAS 63

EL COLEGIO DE MEXICO

308  
J88  
n;63  
ej.2

75752

Lope Blanch, Juan M.  
El lexico indigena en el  
español de México



# JORNADAS 63

Fecha de vencimiento

---

---

<b>EN SALA</b>	<b>5 JUL. 1978</b>
----------------	--------------------

<b>EN SALA</b>	<b>8 AGO. 1978</b>
----------------	--------------------

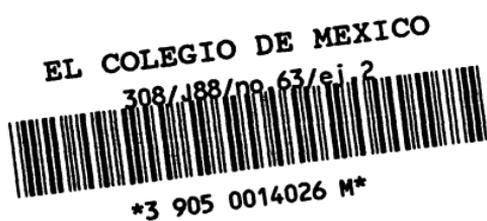
<b>EN SALA</b>	<b>22 NOV. 1979</b>
----------------	---------------------

EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS  
Y LITERARIOS

JUAN M. LOPE BLANCH

EL LEXICO INDIGENA  
EN EL  
ESPAÑOL DE MEXICO



JORNADAS 63

EL COLEGIO DE MEXICO

308  
J88  
no.63  
ej 2

75752

Primera edición, 1969

*Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

Derechos reservados conforme a la ley  
© 1969, EL COLEGIO DE MÉXICO  
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
<i>Propósito</i>	7
1. Introducción	9
2. Metodología	22
3. Resultados	29
4. Vitalidad de los indigenismos	38
5. Clasificación	50
6. Lengua hablada y lengua escrita	53
Cuadros estadísticos	57
Lista alfabética de los indigenismos reunidos e indicaciones sobre su vitalidad	60
<i>Siglas</i>	75



## Propósito

El idioma español ha sido, de todas las lenguas neolatinas, el que más se ha extendido con el correr de los siglos. De su pequeño reducto inicial en las montañas cantábricas y de Burgos, pasó a inundar impetuosamente la mayor parte de la Península Ibérica y —después— inmensos territorios de varios continentes. Al llegar al Nuevo Mundo, el castellano fue entrando en contacto con lenguas americanas de muy diversa naturaleza; pronto sofocó a algunas de ellas hasta causar su total extinción —como sucedió en el caso de las antillanas—, si bien otras veces mantuvo un largo, secular e íntimo contacto con los idiomas indígenas del continente descubierto, muchos de los cuales siguen hoy hablándose en amplias regiones de América.

A través de esa larga convivencia, la lengua española fue modificándose más o menos levemente, alterando su figura, coloreando con distintas tonalidades su fisonomía peculiar. Consecuencia de ello ha sido que el español —aun conservando incólume su unidad fundamental— haya adquirido diversos matices en cada uno de los países americanos en que hoy se habla.

Determinar hasta qué punto se ha dejado sentir esa influencia de los idiomas americanos en el castellano, es el objetivo de este estudio. Pero objetivo limitado —geográficamente— a una sola de las modalidades americanas del español: la mexicana de nuestra capital. Y limitado también —lingüísticamente— a uno solo de los aspectos del idioma: el léxico.

Humilde contribución, pues, al conocimiento de nuestra lengua, y a la determinación de las relaciones que ella ha mantenido con el idioma de los antiguos mexicanos.



## 1. INTRODUCCIÓN\*

ALGUNOS DE LOS ESTUDIOS hechos durante los últimos años en torno a la influencia real de las lenguas de sustrato sobre las lenguas invasoras, inducen a revisar las conclusiones a que se había llegado en lo referente al español de América. El optimismo sustratista de Rodolfo Lenz, para quien "el español de Chile es, principalmente, español con sonidos araucanos",<sup>1</sup> había sido ya analizado y reprimido severamente por Amado Alonso en un objetivo y riguroso estudio,<sup>2</sup> en el cual mostraba cómo *todos* los fenómenos que Lenz atribuía a la influencia araucana tenían raigambre hispánica y eran usuales en el español general o, al menos, en el dialectal, tanto de España cuanto de América.

Frente a la facilidad con que se tendía hace unas décadas a dar explicaciones fundamentadas en la acción de los sustratos, muchos lingüistas se muestran hoy verdaderamente reacios a aceptar tales explicaciones, si no reúnen ciertas condiciones generales, que avalen la posibilidad de que se haya ejercido afectivamente la acción sustratal. Recordemos, a este respecto, la opinión de Bertil Malmberg, para quien sólo debe pensarse en la influencia de los sustratos cuando fallen las explicacio-

\* Una versión previa y parcial de este trabajo fue presentada en el II Congreso Internacional de Hispanistas y se publicó posteriormente en el *Anuario de Letras*, V (1965), pp. 33-46.

<sup>1</sup> R. LENZ, "Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen", *ZRPb*, XVII (1893), pp. 188-214. Traducción española de A. Alonso y R. Lida, "Para el conocimiento del español de América", *BDH*, VI (1940), pp. 209-258; cf. p. 249.

<sup>2</sup> Cf. "Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz", *RFH*, I (1939), pp. 313-350.

nes internas, sistemáticas, y ello siempre que las particulares condiciones socioculturales en que se produzca el contacto lingüístico parezcan favorecer la interferencia.<sup>3</sup>

1.1. Por lo que al español americano se refiere, muy pocos son los fenómenos —fonéticos, morfológicos o sintácticos— que se siguen atribuyendo hoy a la influencia de las lenguas indígenas. Rafael Lapesa enumera sólo los siguientes:<sup>4</sup> 1) Confusión entre *e-i*, *o-u* en el habla de los indios de la Sierra del Ecuador (por influencia del quechua);<sup>5</sup> 2) Articulación con oclusión final de la glotis de las consonantes *p'*, *t'*, *k'*, *ch'* y *tz'* en el español de Yucatán (por identificación con las "letras heridas" del maya);<sup>6</sup> 3) Sufijo *-eca*, *-eco* en el español mexicano y centroamericano, usual en la for-

<sup>3</sup> Cf. B. Malmberg, "L'extension du castillan et le problème des substrats", *Actes du Colloque International de Civilisations, Littératures et Langues Romanes*, Bucarest, 1959, pp. 249-260; v. en especial p. 258: "Une explication interne est préférable à une explication externe (interférence)... Le substrat (l'interférence) ne doit être allégué comme explication que si l'innovation implique une augmentation du nombre d'oppositions ou une réinterprétation des relations entre celles-ci. Le substrat ne doit être invoqué que dans les cas où la situation sociologique d'une population est telle que l'adoption de faits d'interférence par les couches socialement dirigeantes semble probable".

<sup>4</sup> Cf. R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, 4ª ed., Madrid, 1959, pp. 343-348. Las peculiaridades americanas enumeradas por Lapesa son las mismas que registra Alonso Zamora Vicente en su manual de *Dialectología española*, Madrid, 1960, pp. 314-319.

<sup>5</sup> Lo cual no es, en rigor, un caso de influencia de *sustrato*, sino de confusión o de adaptación a los hábitos lingüísticos propios, en grupos humanos bilingües (situación de *adstrato*) o, quizá mejor, en quechua-hablantes que han aprendido más o menos satisfactoriamente una lengua extranjera, como es para ellos el español.

<sup>6</sup> Aunque la situación lingüística de la península de Yucatán no es tampoco, propiamente, la de una lengua invasora y otra de *sustrato* ya desaparecida o totalmente arrinconada, sino la de dos lenguas en *adstrato* (cf. nota 9).

mación de gentilicios y adjetivos designadores de defectos físicos o morales (como continuación del sufijo náhuatl *-écatl*);<sup>7</sup> 4) Empleo del posesivo quechua *-y* en el español de Arequipa (Perú) y del Noroeste argentino; 5) Uso del afijo *-la, -l* en las mismas regiones de la Sierra argentina (como herencia del diminutivo quechua *-la*); 6) Alteraciones en el ritmo del habla y en la entonación; y 7) Conservación de la palatal lateral /*ɲ*/ en el español de regiones bilingües de los Andes (conservación favorecida posiblemente por los sustratos quechua y araucano).<sup>8</sup> En total, sólo media docena de fenómenos, repartidos —a veces muy localmente— a lo largo del extensísimo territorio americano ocupado por la lengua española.

1.2. En el caso particular del español mexicano, la situación no difiere esencialmente de la que refleja la síntesis americana hecha por el profesor Lapesa. Aunque el náhuatl era una de las lenguas más importantes y una de las más ampliamente difundidas por la Amé-

<sup>7</sup> Cf. Max L. Wagner, "El sufijo hispanoamericano *-eco* para denotar defectos físicos y morales", *NRFH*, IV (1950), pp. 105-114. Wagner supone que el sufijo *-eco*, en cuanto designador de defectos físicos o morales, procede del náhuatl *-ic* o *-tic*, de igual valor. Su tesis parece válida en lo que respecta al uso de *-eco* en los gentilicios, pero discutible en lo referente a adjetivos designadores de defectos físicos o morales, ya que el sufijo *-eco* no es desconocido en español, en tanto que el náhuatl *-tic, -ic* nunca ha dado origen a hispanizaciones en *-eco*, sino siempre en *-te* o, todo lo más, en *-ique* o *-ico* átono (*chántico*). (De ello me ocupo brevemente en una nota "Sobre el origen del sufijo *-eco*, como designador de defectos", que aparecerá en el *Homenaje a Harri Meier*). Cf. además Jorge A. Suárez, "Indigenismos e hispanismos vistos desde la Argentina", en *RPh*, XX (1966-67), 68-90 (en especial, 86 ss.).

<sup>8</sup> A. Zamora Vicente, *Dialectología*, no alude a esta circunstancia, posiblemente por considerar que los casos de conservación de un estado de lengua no tienen por qué explicarse como efecto de la influencia del sustrato. Tal cosa, al menos, es lo que piensan Bertil Malmberg, Frederick H. Jungemann y otros muchos romanistas.

rica prehispánica, su influencia sobre la invasora lengua española ha sido, al parecer, muy pequeña. Últimamente me he preocupado por analizar los fenómenos que solían mencionarse como efecto del sustrato nahua, y he podido comprobar que, en la mayoría de los casos, las hipótesis sustratistas no tenían fundamento alguno. Por lo que respecta al español normal, al habla común de la ciudad de México, he llegado a la conclusión de que las únicas peculiaridades que pueden atribuirse por ahora a la influencia del sustrato son las siguientes:<sup>9</sup> existencia de un fonema /ʃ/ en voces de origen indígena (*xixi*), aunque de rendimiento fonológico mínimo, ya que normalmente actúa como alternante de /s/; aparición de un sonido [ʃ̃], en touónimos y antropónimos prehispánicos (*Atzompa*), que funciona como variante alofónica de /s/; articulación explosiva, licuante, de *t* seguida por *l* (*tl*), tanto en voces nahuas (*ix-tle*) como

<sup>9</sup> Ciertamente que mis indagaciones se han mantenido, por lo general, dentro de los límites de la ciudad de México, donde la influencia de los sustratos puede ser menor que en las zonas rurales del interior del país, especialmente en aquellas donde se siguen hablando las lenguas indígenas. Pero no es menos cierto que la norma lingüística de la ciudad de México —con sus seis millones de habitantes— es, con mucho, la más importante del país, y la que sirve de modelo y aun de guía “ideal” a las hablas regionales del interior. Por otro lado, el habla de la capital, aislada ya del contacto con el náhuatl, es la que puede reflejar sin espejismos los resultados de la influencia del sustrato, en tanto que el español hablado en zonas bilingües reflejará los problemas particulares de las lenguas en contacto, es decir, las interferencias —posiblemente pasajeras— ocasionadas por el bilingüismo. O sea, en último término, la situación eferescente en que se encuentran las lenguas de adstrato, pero no la influencia final y definitiva de los sustratos sobre el idioma invasor. Es bien sabido, por ejemplo, que la peculiar articulación de las oclusivas sordas que distingue al español de Yucatán puede deberse a la influencia maya, lengua de adstrato —y no de sustrato— que habla todavía hoy una gran mayoría de yucatecos, muchos de los cuales son aún monolingües de idioma maya.

en palabras hispánicas (*a-tle-ta*).<sup>10</sup> Dentro del dominio gramatical, sólo tiene origen indígena el sufijo *-eco*, en cuanto formativo de gentilicios (cf. nota 7). En resumen, cuatro rasgos aislados que, si bien colorean la cadena hablada de los hispanomexicanos, no alteran muy profundamente, por cierto, ni la estructura fonológica ni —mucho menos— la estructura gramatical del español.

1.3. Sin embargo, la situación cambia profundamente cuando se pasa a considerar el dominio léxico. Aquí, la influencia de las lenguas indígenas de América parece ser tan evidente cuanto profunda. Coinciden en considerarlo así los principales lexicógrafos y los más autorizados estudiosos del español americano. "La contribución más importante y segura de las lenguas indígenas está en el léxico", observa con toda razón Lapesa.<sup>11</sup> Y la mejor prueba de ello son los abundantes y

<sup>10</sup> Cf. "La *-r* final del español mexicano y el sustrato náhuatl", *BICC*, XXII (1967), 1-20; "La influencia del sustrato en la fonética del español hablado en México", comunicación presentada ante el XI Congrès International des Linguistes, que se publicará próximamente en la *RFE*; y "La influencia del sustrato en la gramática del español mexicano", también de próxima publicación en el *Homenaje a Daniel Cosío Villegas*, que prepara El Colegio de México.

<sup>11</sup> Cf. *Historia de la lengua*, p. 347. Y lo mismo asientan otros investigadores; por ejemplo, A. Zamora (*Dialectología*, p. 317): "Donde la huella indígena es más notoria y valiosa es en el terreno del léxico"; Max L. Wagner (*Lingua e dialetti dell'America spagnola*, Firenze, 1949, p. 61): "L'apporto del materiale lessicale azteco è considerevole nell'antico vicereame della Nuova Spagna, l'attuale repubblica messicana, e nell'America Centrale"; P. Henríquez Ureña (*BDH*, IV, Introducción, pp. xi-xii y xiv): "El léxico de origen náhuatl es enorme en el español de la *Mesa Central*, la vasta altiplanicie mejicana. . . La abundancia del vocabulario náhuatl ha influido en la riqueza léxica del español de Méjico"; W. Jiménez Moreno (*La transculturación lingüística hispano indígena*, Santander, 1965, p. 34): "Son innumerables, en fin, los *aztequismos* que han enriquecido —más que otros indigenismos— al español de México, del sudoeste de los Estados Unidos y de Centroamérica, penetrando, incluso, a Sudamérica y España, e instalándose dentro del léxico de varios idiomas indoeuropeos y aun malayo-polinesios"; A. Rosenblat

voluminosos diccionarios de indigenismos que se han publicado, en toda América, hasta el momento presente. Así, en el de voces chilenas recopilado por Lenz figuran unas 2 500 formas;<sup>12</sup> en el de indigenismos venezolanos de Lisandro Alvarado, unas 1 700;<sup>13</sup> en el de aztequismos publicado por Robelo,<sup>14</sup> no menos de 1 500 palabras de origen nahua, a las cuales habría que añadir, dentro de los límites del español mexicano, los centenares de voces de diversa procedencia prehispánica (maya, zapoteca, otomí, etc.) usuales en el español mexicano de nuestros días; y Benvenuto Murrieta dice haber recogido 2 000 indigenismos en el español del Perú. Ante esas cifras, no podemos extrañarnos demasiado de que Darío Rubio haya considerado trascendental la influencia del sustrato léxico indígena sobre el español de México: "Si desaparecieran del lenguaje español que hablamos los mexicanos, todas las voces en dicho lenguaje incluidas y que tienen su origen en el idioma náhuatl (hay que tomar también en consideración las voces con origen en otras lenguas indígenas mexicanas incluidas igualmente en el español que en las regiones respectivas se habla), se produciría un

("La influencia indígena" en *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, 2ª serie, Caracas-Madrid, 1960, p. 400): "Es evidente que la diferencia más notable entre el español de la Península y el de América está en la cantidad de indigenismos que esmaltan el habla corriente del hispanoamericano". Cf. también Tomás Buesa Oliver, *Indoamericanismos léxicos en español*, Madrid, 1965, pp. 11-15.

<sup>12</sup> Correspondientes a más de 1,600 vocablos; cf. Amado Alonso, "Substratum y superstratum", *RFH*, III (1941), p. 216, nota 3.

<sup>13</sup> Cf. Ángel Rosenblat, *El castellano de Venezuela: la influencia indígena*, Caracas, 1958, p. 9 (Sobretiro del *Boletín Indigenista Venezolano*, vols. III-V).

<sup>14</sup> Cecilio A. Robelo, *Diccionario de aztequismos*, Cuernavaca, 1904 (y ediciones sucesivas).

caos verdaderamente horrible por la situación en que tal desaparición hubiera de colocarnos.”<sup>15</sup>

De acuerdo con estas opiniones, habría que establecer una distinción muy precisa, en lo que a la influencia de los sustratos se refiere, entre el dominio de lo fonético y lo gramatical y el del léxico. La influencia sería insignificante en el primer caso, mientras que, en el segundo, resultaría muy profunda y notoria.

1.3.1. Ahora bien: que la influencia léxica no sea, propiamente hablando, un fenómeno estricto de sustrato parece ser cosa generalmente admitida; la teoría de los préstamos explica satisfactoriamente las transferencias léxicas que se producen entre dos lenguas en contacto.<sup>16</sup> No obstante esto, es indudable que la presencia de voces extrañas en una lengua puede tener un importante significado histórico, cultural o, inclusive, lingüístico. En efecto, la abundancia de términos procedentes de una determinada lengua —además de ser prueba de una especial situación histórica— puede tener cierta repercusión lingüística, interna, en la lengua receptora. Si los préstamos conservan su estructura fonológica original y

<sup>15</sup> Darío Rubio, *Refranes, proverbios y dichos y dichos y dichos mexicanos*, 2ª ed., Méjico, 1940; t. I, pp. xxii-xxiii.

<sup>16</sup> De acuerdo con el concepto de sustrato lingüístico expresado por Bertil Malmberg, los préstamos léxicos no representan, de ningún modo, el resultado de la acción del sustrato: “A mon avis, pour qu’il y ait une raison valable de parler *d’influence de substrat*, il faut ensuite aussi qu’il soit question d’une véritable *interférence linguistique*, c’est-à-dire d’une action de la structure d’une langue sur celle d’une autre, en d’autres mots une modification qui frappe les catégories linguistiques et leurs relations... Mais l’adoption de mots isolés... est un phénomène banal qui peut se produire sans conséquences pour le système de la langue qui les incorpore... Il n’y a donc aucune raison dans tous ces cas de parler ni de superstrat, ni d’adstrat. La notion d’emprunt les couvre” (B. Malmberg, “Encore une fois le substrat”, *Studia Linguistica*, XVII, 1963, pp. 40-46; cf. pp. 41-42). V. también Frederick H. Jungemann, *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*, Madrid, 1955, p. 17.



De esta manera, un fenómeno léxico, en cierto sentido extrasistemático, puede tener profundas repercusiones en el propio sistema lingüístico.

1.3.2. Pero, aun desechando la hipotética repercusión interna que los préstamos léxicos puedan tener en el sistema fonológico o gramatical del idioma receptor, no podría pasarse totalmente por alto el significado histórico o sociocultural que tales préstamos tienen. Como índice del prestigio de que la lengua de sustrato haya podido disfrutar; o como reveladores de la vitalidad de esa misma lengua; o como indicio del interés que su exotismo o novedad haya podido producir en los hablantes de la lengua invasora, etc., en una o en otra forma, no son elementos desdeñables para el historiador de la lengua. De ahí que los estudiosos del español americano hayan señalado, una y otra vez, cuán importante ha sido, en este terreno, la contribución de las lenguas amerindias en la formación del castellano de América, y cómo los elementos léxicos de ellas provenientes han servido para colorear, y aun para diferenciar dialectalmente, el habla española de cada uno de los países americanos.

1.3.3. Sin embargo, no puede olvidarse que algunos autorizados investigadores del español de América han puesto ya en entredicho la importancia de esa influencia léxica de las lenguas indígenas. De manera muy precisa lo ha hecho Marcos A. Morínigo: "Los diccionarios de americanismos actuales rivalizan en incorporar a su léxico el mayor número de indigenismos, se usen o no se usen en el español de América, distorsionando de esta manera la realidad lingüística y confundiendo a los estudiosos. De la lectura de los mismos se tiene, en efecto, la impresión de que la contribución léxica indígena a las hablas regionales es sencillamente enorme. Esta impresión, sin embargo, no corresponde a la realidad. Desde luego la contribución es importante, pero

muy por debajo de las dimensiones que en los diccionarios aparecen. Por ejemplo, en los diccionarios aparecen las voces guaraníes *tuyuyú*, *jabirú*, *iciga*, *isopó*, *urubú*, *urucureá*. . . y cien más que nadie usa y pocos saben lo que son. En un diccionario de mexicanismos aparecen las voces *tetlacibue*, *tecomasúchil*, *tetlatía*, *techcocama*, *texosóchil* que nadie sabe qué son en México, fuera de los nahuatlistas. Muy curioso es que en el mismo diccionario aparecen como equivalentes de *tetlatía*, hinchahuevos, jaboncillo o incienso del país, que son los verdaderos nombres populares de esta planta. Entonces ¿por qué aparecen estos nombres indios? Simplemente por razones eruditas. El compilador quiere demostrar con eso su conocimiento de la historia del país o su conocimiento de las lenguas indias, que en algunos casos está aún viva. Hay en nuestros diccionarios una gran masa de voces indígenas que constituyen en ellos un peso muerto en el mejor de los casos.”<sup>18</sup>

1.3.4. Creo, en efecto, que la erudita acumulación de palabras prehispánicas en los diccionarios de americanismos no responde a la realidad hablada. Con el fin de determinar hasta qué punto es importante la contribución léxica de las lenguas indígenas en el habla común de la ciudad de México, durante cuatro años orientamos las labores del Seminario de dialectología de El Colegio de México hacia la investigación rigurosa de esa influencia léxica prehispánica. La primera actividad que desarrollamos fue la de revisar cuidadosamente el *Diccionario de aztequismos* de Robelo, con el objeto de comprobar el grado de vitalidad de las voces indígenas en él incluidas. El resultado de esa primera labor no dejó de ser sorprendente: del millar y medio de nahuatlismos que figuran en ese *Diccionario*, sólo unas 160

<sup>18</sup> M. A. Morínigo, “La penetración de los indigenismos americanos en el español”, *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, OFINES, 1963; t. II, p. 226.

formas eran conocidas —y reconocidas como de uso común— por los investigadores mexicanos del Colegio de México; esto es, poco más del 10% de los artículos consignados en el libro. Y eran poco más de 250, *en total*, las formas que unos u otros de esos investigadores conocían con mayor o menor precisión. Las 1 200 voces restantes les eran enteramente desconocidas.<sup>19</sup> Pero hay que tener en cuenta, además, que algunos de esos 160 indigenismos mexicanos de uso general —o casi general— en la ciudad de México, son palabras que pertenecen ya al acervo común de la lengua española (como *chocolate, tomate, jicara, chicle, petate*, etc.),<sup>20</sup> y que por ello no particularizan —no distinguen dialectalmente— el español mexicano.<sup>21</sup> Aún más violento resulta el contraste que existe entre el número de indigenismos reunidos por Lisandro Alvarado en su diccionario de venezolanismos y el de las voces prehispánicas que se usan realmente en el español venezolano actual: de acuerdo con las observaciones de Rosenblat, sólo 17 de las 1 700 voces recopiladas por Alvarado son de uso común en Venezuela; todas las demás resultan, en su

<sup>19</sup> Es preciso señalar, en cambio, que —durante el proceso de ejecución de nuestro trabajo— fueron apareciendo algunos indigenismos más, que los investigadores reconocían como usuales, pero que no figuraban en el diccionario de Robelo.

<sup>20</sup> El afán de aumentar al máximo posible el número de indigenismos a que se refiere Morínigo en el artículo citado, podría explicar el que incluya Robelo en su diccionario algunos vocablos de indudable ascendencia hispánica, procurándoles caprichosas etimologías nahuas. Así registra como aztequismos, entre otras, las palabras *cochino, tilde, apachurrar* y *nana*; e inclusive dedica una larga nota a refutar el origen hispánico de *cogote* —que él deriva del náhuatl *cocotl* 'esófago'— aunque la voz figura ya en el *Universal vocabulario* de Alonso de Palencia, publicado en Sevilla en 1490.

<sup>21</sup> Son voces ya plenamente hispánicas, cuya procedencia nahua sólo tiene verdadero interés —particular significación— en una consideración diacrónica de la lengua.

inmensa mayoría, desconocidas para el hablante medio de Caracas.<sup>22</sup>

1.3.5. Ciertamente que el habla urbana no es campo fértil para el arraigo de los indigenismos; suelen éstos emplearse para designar realidades de la flora o de la fauna particular de cada región, realidades que prácticamente desconoce el hablante urbano.<sup>23</sup> De ahí que el número de voces indígenas vivas en la provincia, en el habla campesina, sea superior al número de indigenismos usuales en las ciudades. A ello se ha referido también Ángel Rosenblat, al estudiar la influencia prehispanica en el léxico del español venezolano: "En rigor, la mayor riqueza de voces indígenas no está en el habla general, sino en la regional o local... Cada pueblo, cada caserío, tiene, para nombrar sus plantas, sus animales, sus enseres domésticos, una rica terminología, en gran parte de origen indígena. Algunas de las voces se extienden por un ámbito regional más o menos amplio, pero la inmensa mayoría queda confinada a un círculo reducido, y *su destino es desvanecerse poco a poco ante un nombre más general o de más prestigio.*"<sup>24</sup>

Por lo general, los diccionarios de indigenismos no señalan esta diferencia entre uso urbano y uso rural, sino que se limitan a registrar alfabéticamente todas las voces indígenas que puedan documentarse de una u otra manera, cuando lo conveniente y aconsejable sería in-

<sup>22</sup> Cf. A. Rosenblat, *El castellano de Venezuela*, p. 12.

<sup>23</sup> A este respecto ha escrito Gerhard Rohlfs no hace mucho: "On sait que l'ancien élément autochtone s'est maintenu avec un pourcentage considérable dans les noms de plantes: terminologie très importante pour les paysans et les bergers, mais généralement mal connue par les gens de la ville" (Cf. "Influence des éléments autochtones sur les langues romanes", *Actes du Colloque de... Langues Romanes*, Bucarest, 1959, 240-249; v. p. 244).

<sup>24</sup> Cf. *El castellano de Venezuela*, p. 12.

dicar siempre la vitalidad —social y geográfica— de cada uno de los términos recogidos. De lo contrario, se corre el peligro de llegar a conclusiones enteramente falsas o, al menos, poco acordes con la realidad lingüística de cada país de América. Si atendiéramos indiscriminadamente al elevado número de indigenismos que se reúnen en los diccionarios de Robelo o de Santamaría,<sup>25</sup> podríamos llegar a una conclusión tan extremista como la expresada por Darío Rubio (v. nota 15). Y con ello, deformaríamos gravemente el estado real de las cosas.

<sup>25</sup> Cf. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, Méjico, 1959.

## 2. METODOLOGÍA

EN EFECTO, la investigación realizada durante estos dos últimos años por el Seminario de dialectología del Colegio de México, conduce a conclusiones muy diferentes. A través de ellas, hemos llegado a la convicción de que la influencia léxica de las lenguas indígenas en el español hablado en la ciudad de México es —numérica y proporcionalmente al menos— bastante pequeña. Y ello, sobre todo, porque el vocabulario de origen prehispánico tiene un campo de acción muy reducido.

2.1. Nuestra investigación ha abarcado dos etapas consecutivas: en la primera de ellas —que consideramos de primordial importancia— hemos procurado determinar la vitalidad de los indigenismos dentro de la lengua hablada; en la segunda, tratamos de precisar el funcionamiento de esas voces en la lengua escrita, literaria o periodística.

2.1.1. Nuestro método de trabajo ha sido el siguiente: Durante algo más de dos años, los miembros del Seminario —diecisiete en total—<sup>26</sup> realizaron 343 encuestas entre hablantes de todas las clases sociales que forman parte del heterogéneo conglomerado humano que es la ciudad de México. Se hicieron entrevistas a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos: obreros, estudiantes,

<sup>26</sup> De ellos, prestaron una colaboración constante Luz Fernández Gordillo, Beatriz Garza Cuarón, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja y Raúl Ávila; participaron también muy activamente en la investigación Flora Botton, Elena Carrero, Julia Corona, Luz E. Díaz de León, Carmen Garza, Carmen Guardiola, María Teresa Guzmán, Yvette Jiménez, Teresa Piñeros, Miguel Capistrán, Charles Frisbie, Carlos H. Magis y Jaime del Palacio.

amas de casa, burócratas, profesores, sirvientes domésticos, vendedores ambulantes, profesionistas, campesinos residentes en la capital, comerciantes, artistas, etc., etc. El número total de personas entrevistadas ascendió a 490; estos informantes pertenecían a muy diversos estratos socioculturales,<sup>27</sup> y algunos eran de origen extranjero, no sólo de lengua española, sino también hablantes de otros idiomas.<sup>28</sup> Claro está que la gran mayoría de nuestros informantes estaba formada por personas oriundas de la ciudad de México o residentes en ella desde muchos años atrás, pero no se excluyó a informantes provincianos que hubieran establecido su residencia en la capital siete u ocho años antes por lo menos, ya que ellos podrían ser un vehículo de introducción de indigenismos regionales. Se hicieron, incluso, algunas encuestas con campesinos establecidos en el Distrito Federal durante los últimos años, que hablaban o, al menos, comprendían algo de náhuatl; la incidencia de indigenismos en su habla fue, como cabría esperar, algo mayor que la observada en el habla de los demás informantes, pero sin que resultara excesivamente desproporcionada.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Su proporción relativa fue la siguiente: analfabetos = 20%; semianalfabetos = 23%; personas de cultura media = 36%; personas cultas = 19%; personas de cultura superior = 10%.

<sup>28</sup> Estos últimos se eligieron conscientemente —con la única condición de que su residencia en la ciudad se extendiera ya, como mínimo, a los ocho años anteriores al momento de la encuesta— con el fin de determinar cuáles eran los indigenismos capaces de propagarse al habla de personas que tenían el español como segunda lengua. Esto sería un índice revelador de qué indigenismos forman parte del vocabulario "fundamental" de la ciudad de México.

<sup>29</sup> Al parecer, los dos sistemas lingüísticos —español y náhuatl— se mantienen en ellos bien diferenciados. Anthony G. Lozano ("Intercambio de español e inglés en San Antonio, Texas", *Archivum*, XI, 1961, pp. 111-138) ha indicado que los sistemas fonéticos español e inglés de hablantes entera-

2.1.2. Todas las entrevistas quedaban siempre grabadas en cintas magnetofónicas, aunque se procuraba que la presencia de la grabadora portátil no coartara al informante en su manera de hablar; para que su expresión fuera espontánea, las grabaciones se hacían siempre en el ambiente más favorable posible para el propio informador.<sup>30</sup> Cada entrevista duraba un mínimo de media hora, pero muchas veces, casi la mitad, se extendía hasta completar los sesenta minutos, y aun algunas de ellas se acercaban a las dos horas. El Seminario de dialectología ha reunido así un total de doscientas veinticinco cintas magnetofónicas sobre el habla de la ciudad de México, en las que se recogen algo más de doscientas cuarenta y cinco horas de conversación.<sup>31</sup> El número total de palabras grabadas en esas cintas rebasa ampliamente los dos millones (alrededor de 2 211 000; cf. nota 34).

2.1.3. Las encuestas realizadas fueron también de diversa naturaleza. En general, podrían agruparse en las cuatro clases siguientes: 1) Diálogo libre, entre el infor-

mente bilingües se mantienen por lo general bien separados; observa, en cambio, ciertas interferencias léxicas.

<sup>30</sup> Debo aclarar que, pese a la presencia del micrófono, la conversación de nuestros informantes fue, en la mayoría de los casos, fluida y espontánea. Pasados los primeros momentos, durante los cuales nuestros sujetos solían adoptar una actitud un tanto rígida y esmerada, casi todos ellos se liberaban de toda inhibición, olvidaban por completo la existencia de la grabadora, y se enfrascaban con toda naturalidad en la conversación, sirviéndose de su más espontánea habla coloquial, o poco menos.

<sup>31</sup> Todas las grabaciones se conservan en cintas magnetofónicas marca Scotch, de 5 o de 7 pulgadas (600 o 1 200 pies respectivamente), las cuales, por haber sido hechas siempre con grabadoras de alta fidelidad (marcas Wollensak, Butoba o Uher), servirán para realizar otros estudios de muy diversa índole: fonética, morfológica, sintáctica, léxica o estilística. La velocidad de grabación fue la de  $3 \frac{3}{4}$  (= 9.5 cms.), aunque en algún caso se hizo a  $7 \frac{1}{2}$ , con el fin de mejorar la impresión y facilitar los estudios de carácter fonético.

mante y el investigador, que departían espontáneamente sobre diferentes temas, sin plan prefijado. 2) Diálogo dirigido, entre los mismos tipos de interlocutores; el encuestador llevaba la conversación a temas elegidos por él de antemano, que se suponían de particular interés para la encuesta. 3) Conversación libre —o, a veces, dirigida— entre dos informantes. 4) Encuesta dirigida, antropológica o ideológica, hecha de acuerdo con un cuestionario.<sup>32</sup> En ellas se abordaron multitud de temas de muy distinta naturaleza: aficiones del informante, su trabajo, recuerdos de su niñez, relaciones familiares, opiniones políticas, deportes y diversiones, régimen alimenticio, noviazgos, viajes, lecturas, modas, la historia de México y el temperamento del mexicano, costumbres populares, relaciones internacionales, y un sinfín de asuntos más.

2.1.4. Acabada la encuesta, el investigador escuchaba atentamente<sup>33</sup> la cinta grabada, y tomaba nota de todos los indigenismos —dentro de su contexto— que en ella fuesen apareciendo. Hacía después un cálculo aproximado del número total de palabras que se habían pronunciado a lo largo de la grabación,<sup>34</sup> con el fin

<sup>32</sup> Este cuarto tipo de encuesta fue el que menos se practicó, pues pudimos advertir que el cuestionario impresionaba mucho más a los informantes que la grabadora, y que las preguntas concretas detenían el diálogo, restando toda espontaneidad a la información. En conjunto, las grabaciones de diálogos o conversaciones libres fueron las que proporcionaron muestras de una habla más espontánea; por ello, la mayor parte de nuestras encuestas fue de este tipo.

<sup>33</sup> Siempre con ayuda de algún otro becario del Colegio de México. Pensamos que la audición de las grabaciones debía hacerse en todos los casos por dos personas, para que lo que a una pudiera pasársele por alto, fuera observado por la otra, de manera que no se escapara ninguna voz indígena por distracción del investigador.

<sup>34</sup> Para ello, hacía dos calas en la grabación, contando con toda exactitud el número de palabras que el informante pronunciaba a lo largo de cinco minutos. Luego resultaba fácil determinar la proporción correspondiente a la duración total

de determinar el porcentaje correspondiente a la aparición de indigenismos, y poder precisar así su vitalidad relativa en el habla. De esta manera se organizó un amplio fichero de indigenismos propios de la lengua hablada, que se completó posteriormente con los materiales tomados de la lengua escrita.

2.2.1. Durante esta última etapa de acopio de materiales (1965 y comienzos de 1966), los investigadores expurgaron cuidadosamente un buen número de obras escritas, de muy diversa índole. Se analizaron novelas, cuentos, obras de teatro, ensayos y varias publicaciones periódicas (diarios y revistas de amplia difusión).<sup>35</sup> Los autores seleccionados fueron siempre escritores mexicanos contemporáneos, radicados en la ciudad de México, y cuya obra hubiera sido publicada durante los últimos veinticinco años.<sup>36</sup> Se ficharon todos los indige-

de la encuesta. Naturalmente que la cantidad final de palabras dependía del modo de hablar de cada informante, del tiempo de su elocución personal: en algunos casos, el informante hablaba a razón de menos de 4 000 palabras por hora, aunque lo más frecuente es que se superaran ampliamente las 8 000 y en ciertas ocasiones se llegara a más de 12 000 palabras por hora, especialmente cuando la grabación recogía una conversación entre dos personas que se conocieran bien. De acuerdo con estos cálculos, puede afirmarse con seguridad que en las cintas han quedado grabadas más de dos millones de voces.

<sup>35</sup> Se concedió cierta atención particular a estas publicaciones periódicas por ser la única lectura habitual de gran número de los habitantes de la ciudad. La obra literaria llega a un número más reducido de lectores. En una última etapa, leí personalmente diez libros de poesía escritos por autores contemporáneos (cf. nota 69), con la exclusiva finalidad de indagar el prestigio "artístico" de las voces indoamericanas.

<sup>36</sup> Las obras estudiadas fueron las siguientes: Ermilo Abreu Gómez, *Diálogo del buen decir*; Juan José Arreola, *Confabulario total*; Enrique Beltrán, *El hombre y su ambiente*; Fernando Benítez, *La última trinchera*; Archibaldo Burns, *En presencia de nadie*; Emilio Carballido, *Teatro*; Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*; Sergio Fernández, *En tela de juicio*; Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*; Sergio Galindo, *Polvos de arroz*; Ricardo Garibay, *Beber un cáliz*; Francisco González

nismos que en ellos aparecían, dentro también de su contexto, y se hizo un recuento global y un cálculo de su frecuencia.<sup>37</sup> El número total de palabras pertenecientes a los textos consultados rebasa también los dos millones (según nuestros cálculos, unos 2 393 000).

2.3. Completados todos estos cálculos estadísticos, pasábamos al estudio y clasificación de los indigenismos reunidos, atendiendo a diversos factores: sus acepciones y la vitalidad de cada una de ellas, dominio semántico general a que pertenecían, correspondencia con determinada clase sociocultural, concurrencia con alguna voz hispánica equivalente, su distribución proporcional entre la lengua hablada y la escrita, etc.

2.3.1. Desde un principio, hemos establecido una distinción tajante y fundamental entre dos tipos o clases generales de indigenismos: 1) patronímicos, topónimos y gentilicios de ellos derivados; 2) voces *comunes* o *genéricas* (sustantivos, adjetivos, verbos y demás categorías sintácticas). A estas últimas hemos dedicado, de

Pineda, *El mexicano: su dinámica*; Martín Luis Guzmán, *Islas Marias*; Luisa Josefina Hernández, *Los palacios desiertos*; Vicente Leñero, *La voz adolorida*; V. Leñero, *Los albañiles*; Mauricio Magdaleno, *El resplandor*; Juan Vicente Melo, *Los muros enemigos*; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*; Francisco Rojas González, *El diosero*; Luis Spota, *La sangre enemiga*; Carlos Valdés, *El nombre es lo de menos*; Xavier Villaurrutia, *Teatro*; Agustín Yáñez, *Al filo del agua*. PUBLICACIONES PERIÓDICAS: *Alarma*, Nº 146; *Claudia de México*, Nº 3; *Contenido*, Nos. 26 y 35; *Jueves de Excelsior*, Nos. 2221 y 2246; *Kena*, Nº de febrero de 1966; *La República*, Nº 287; *Sucesos para todos*, Nº 1693. DIARIOS: *El Día* (23 de abril de 1966); *El Heraldo de México*, Nº 1; *Excelsior* (11 de octubre de 1965 y 13 de abril de 1966); *La Prensa*, Nº 13 906; *Últimas Noticias* (20 de abril de 1966).

<sup>37</sup> Para ello, bastaba con calcular el número total de palabras que figuran en cada obra, cosa mucho más sencilla que en el caso de las grabaciones magnetofónicas. Al hacer el cálculo, en el caso de los periódicos y revistas, se tenía en cuenta, naturalmente, el distinto tamaño de los tipos impresos. Creemos, en resumen, haber tomado todas las precauciones necesarias para que los límites de error fueran pequeños.

manera muy particular, nuestra atención, ya que son las verdaderamente significativas. Los topónimos, patronímicos y gentilicios tienen un interés mucho menor, ya que son formas que quedan al margen de la estructura íntima de la lengua. El valor funcional de cualquier topónimo —como *Cuernavaca* o *Popocatépetl*, por ejemplo— es prácticamente siempre el mismo, tan ajeno al sistema lingüístico como cualquier otro nombre de lugar, sea de origen latino, ibérico, árabe o eslavo.<sup>38</sup> A este carácter marginal, aunque étnica e históricamente importantísimo, de los topónimos se ha referido ya Amado Alonso al distinguir entre sustrato racial y sustrato lingüístico.<sup>39</sup> No obstante, en nuestros recuentos estadísticos y cálculos de proporciones hemos tomado también en consideración los topónimos y gentilicios, aunque sólo de manera global, y distinguiendo siempre esos resultados estadísticos totales de los que proporcionaba el recuento de indigenismos *comunes* o *genéricos*.

<sup>38</sup> Funcionalmente, lo mismo da decir que "Pasé las vacaciones en *Cuernavaca*" como decir que "las pasé en *León*", o "en *Segovia*", o "en *Medina*", o "en *Varsovia*", o "en *X*", según se solía hacer durante el siglo pasado para dar una localización indeterminada a las novelas.

<sup>39</sup> "Estos estudios [sobre la toponimia] nos hacen ver la necesidad metodológica de diferenciar estrictamente entre lo racial y lo lingüístico... Una cosa es mostrar que la estructura de una lengua está influida por elementos o tendencias estructurales de la lengua anterior de esa población, y cosa heterogénea mostrar que en un área geográfica dada hubo prehistóricamente una población unificada, según lo prueba la pariente toponimia. El punto de partida y el de llegada están invertidos: en un caso se utiliza la etnología para ahondar en el conocimiento de la lengua; en otro se utiliza la toponimia para ganar conocimientos de etnología. La toponimia de origen prehistórico, por haber perdido todo rastro de significación común, no pertenece propiamente al sistema lingüístico de la lengua viva actual" (A. Alonso, "Substratum y superstratum", *RFH*, III, 1941, 209-217; cf. pp. 210-211). Cf. también B. Malmberg, "Encore une fois le substrat", p. 41.

### 3. RESULTADOS

LOS DATOS que nuestras encuestas orales y nuestras lecturas nos han proporcionado, son los siguientes:

3.1. Corpus léxico total objeto de estudio: aproximadamente 4 600 000 palabras.<sup>40</sup> Número total de indigenismos encontrados: 21 938.<sup>41</sup> Esta cifra, a primera vista, puede parecer no poco considerable, aunque proporcionalmente sólo representa el 0.47% del corpus léxico total. Pero dado que en ese total de 21 938 indigenismos se incluyen tanto las voces *comunes*, como los topónimos, gentilicios y patronímicos, un análisis más rigurosamente lingüístico de los materiales léxicos ahí acumulados modifica todavía profundamente la proporción señalada. En efecto, el número de indigenismos *comunes* por nosotros reunidos asciende a sólo 3 384 en total; los 18 554 indigenismos restantes son simples topónimos o patronímicos.<sup>42</sup>

El porcentaje que esa cifra representa en relación con el vocabulario castellano recopilado es francamente pequeño: los 3 384 indigenismos consignados, frente a los cuatro millones y medio de voces reunidas en nuestras encuestas o en nuestras lecturas, equivalen únicamente al 0.07%.<sup>43</sup> Ciertamente que este porcentaje corresponde —más

<sup>40</sup> De las cuales 2 393 000 pertenecían a la lengua escrita y 2 211 000 a la lengua hablada.

<sup>41</sup> De ellos, 11 406 se encontraron en los textos leídos y 10 482 en las encuestas orales; otros 50 fueron recogidos de oído, al margen de las grabaciones (cf. nota 47).

<sup>42</sup> De manera que, de este total absoluto de indigenismos reunidos, a los topónimos, patronímicos y gentilicios corresponde más del 84%.

<sup>43</sup> Con una leve diferencia entre la lengua hablada, a la que corresponde particularmente un 0.09% de incidencia de

que a la proporción de raíces prehispánicas dentro del catálogo léxico del español mexicano— a la *incidencia* de tales indigenismos en la cadena hablada. Pero ello nos permite sopesar, precisamente, la *vitalidad* real de dichas voces. Por ser términos que aluden, por lo general, a realidades muy particulares del medio mexicano, la frecuencia de su aparición en la frase es pequeña. Sólo una treintena de voces indígenas muestra relativa vitalidad en el español de México, y la frecuencia de su aparición en el discurso —oral o escrito— resulta verdaderamente elevada.<sup>44</sup>

indigenismos, y la lengua escrita, en la cual dicha incidencia disminuye al 0.057%. Se incluyen en todos estos recuentos, naturalmente, los mexicanismos de uso hispánico general, como *jicara*, *chocolate*, *cacao*, *coyote*, *cacahuate*, *chicle*, *hule*, *petaca*, *tomate*, etc., los cuales, por pertenecer ya al acervo común de la lengua española, no distinguen, no particularizan dialectalmente al español de México. Claro que su eliminación de nuestros cálculos no haría descender tampoco sensiblemente los porcentajes indicados.

<sup>44</sup> Son, ordenadas de acuerdo con su incidencia en nuestras encuestas, tanto coloquiales como literarias, las siguientes: *pulque* (registrada en 189 ocasiones, en 31 encuestas diferentes), con sus derivados *pulquería* (13 veces en 9 encuestas), *pulquero* (4 en 3), *pulcazo* (1) y *empulcarse*; *chile* (171 veces, en 56 encuestas), con sus derivados *enchilada* (23 en 12) y *enchilarse* (27 en 14); *cbamaco* (144 veces en 46 informantes); *jacal* (140 en 13, con incidencia superior en la lengua escrita: 131 casos en total); *cuate* (119 en 34), y *mole* (115 en 40); *jitomate* (97 en 41) y su variante *tomate* (23 en 13); *milpa* (86 en 18); *escuincla* (72 en 16), y *chocolate* (68 en 34), con sus derivados *chocolatera*, *chocolatería* y *chocolatero*; *elote* (57 en 20), *coyote* (57 en 17), y *petate* (56 en 19), raíz de *petatearse*; *mezquite* (53 en 6), *nopal* (48 en 23), *mezcal* y *huarache* (46 en 16 en ambos casos), y *cacahuate*, *tamal*, *tequila* y *atole* (45 veces cada uno, en 25 casos los dos primeros y 22 y 19 los dos últimos); *metate* (42 en 18), *aguacate* (38 en 17), *guajolote* y *pozol(e)* (36 veces, en 20 y 6 encuestas respectivamente); *zopilote* (35 en 15) y *ocote* (31 en 13). *Tlacuache* apareció 72 veces en total, pero esta cifra no revela su vitalidad real, ya que se debe a la casual alta incidencia de aparición en una sola encuesta; de esos 72 casos, en efecto, 63 pertenecen a una sola obra escrita.

3.1.1. Atendiendo a la circunstancia de que la casi totalidad de los indigenismos registrados son verbos o categorías nominales —sustantivos y adjetivos—, en tanto que no aparecen pronombres, adverbios, adjetivos determinativos, artículos ni partículas de origen indígena,<sup>45</sup> hemos procurado calcular también el porcentaje que corresponde a los indigenismos en relación exclusivamente con las categorías a que ellos mismos pertenecen. Así, dada la alta frecuencia de categorías “secundarias” y de relación en el habla común, el porcentaje de sustantivos, adjetivos calificativos (conceptuales) y de verbos no representa sino, aproximadamente, el 30% en la lengua coloquial, y alrededor del 48% en la literaria. De acuerdo con ello, la proporción de indigenismos en nuestras encuestas orales aumenta al 0.27%, y en las escritas al 0.12%; y, en promedio general, al 0.2% aproximadamente.

3.1.2. Claro que para los oídos extranjeros esas voces peculiares del habla mexicana no dejan de ser sorprendentes. Y la sorpresa que suscitan explica que la impresión inmediata sea la de que el español mexicano está *plagado* de voces exóticas. Las peculiaridades gramaticales o aun fonéticas —que son además menores en número— pueden pasar prácticamente desapercibidas para el hablante de otras regiones hispánicas; pero el localismo léxico salta a la vista, llamando poderosamente la atención. De ahí, tal vez, que se haya sobrestimado la influencia léxica de las lenguas indígenas. El extranjero que, durante el primer día de residencia en la ciudad, haya oído ocho o diez nahuatlismos para él incomprensibles, pensará naturalmente que el español de México es muy diferente del de su país de procedencia, sin reparar en que esa decena de localismos no es sino

<sup>45</sup> Cf. § 5.3. Sólo *áxcate* y *chihuabua*, usadas como interjecciones, rebasan este marco.

una gota de agua en el océano formado por las diez o veinte mil palabras castellanas que puedan haberle dirigido a lo largo de la jornada.

3.1.3. Por lo que respecta a la vitalidad de esos indigenismos, es decir, a la frecuencia de su aparición en el discurso, creo conveniente indicar que en 125 de nuestras grabaciones de la lengua hablada —esto es, en más de la tercera parte de su total— y en 6 de los documentos escritos analizados, no aparece ni una sola voz indígena común.<sup>46</sup>

3.1.4. Otra observación que considero necesaria: esos 3 384 indigenismos recopilados representan la suma total de las voces registradas en nuestras grabaciones magnetofónicas (1 982) y en los documentos escritos analizados (1 352), y de 50 términos que, no habiendo aparecido en nuestros materiales, añadimos nosotros por tratarse de voces que se pueden escuchar en las conversaciones espontáneas, y se encuentran documentadas en los diccionarios de mexicanismos más autorizados.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> Sólo algún que otro topónimo. Para evitar repeticiones aclaratorias, advertiré que, en todo lo que sigue, al hablar de los indigenismos mexicanos, excluyo —a no ser que precise lo contrario— tanto los patronímicos y topónimos, cuanto los gentilicios de éstos derivados. Repito que no creo que ofrezcan verdadero interés lingüístico. Baste pensar, en efecto, que *México* y *mexicano* aparecen por sí solos en nuestros materiales de estudio tanto o más que el conjunto de todos los demás indigenismos reunidos.

<sup>47</sup> No tratamos, pues, de disminuir la verdadera importancia del léxico indígena. Siempre que aluda al *corpus* léxico recopilado, incluiré en él esos 50 términos que no han aparecido en las encuestas, pero que sí forman parte del vocabulario vivo de la ciudad de México. (Se consignan en nuestras estadísticas como *adiciones*). Por lo que a los porcentajes totales se refiere, su inclusión o exclusión no afectaría en nada al resultado final. Esas voces son *amate*, *apipizca*, *biznaga*, *cacahuacincle*, *cacascle*, *capulina*, *coconete*, *cuico*, *chacualear*, *chabuiscle*, *achabuisclarse*, *chinchayote*, *chilango*, *chimal*, *chiltepín*, *chipil*, *chipote*, *equipal*, *güila*, *jicote*, *macehual*, *machote*, *matate-na*, *mitotero*, *náhuatl*, *nabuatlato*, *nanche*, *otatillo*, *pascle*, *petacón*, *petateada*, *pilmama*, *piocha*, *quintonil*, *socoyote*, *talache*, *na-*

Esas 3 384 *palabras* reunidas —habida cuenta de las naturales repeticiones— corresponden únicamente a 313 *vocablos* o *artículos* léxicos;<sup>48</sup> y ellos, por su parte, corresponden a sólo 238 *lexemas* o raíces indígenas.<sup>49</sup>

3.2. Atendiendo todavía a la vitalidad relativa de los indigenismos, y temerosos de que el porcentaje global del 0.07% correspondiente a las 3 384 palabras reunidas pudiera ser engañoso, por reflejar sólo el índice de vitalidad del vocabulario indígena *activo*, decidimos determinar también cuál era la vitalidad del léxico indígena *pasivo* conocido por los habitantes de México. Para ello, sometimos nuestro *corpus* total a la consideración de cien informantes seleccionados cuidadosamente, representantes de todas las clases socioculturales de la capital. De acuerdo con sus contestaciones, clasificábamos los indigenismos en seis apartados: I, voces de conocimiento absolutamente general; II, voces también generalmente conocidas, pero sin la firmeza y seguridad de las anteriores;<sup>50</sup> III, voces de reconocimiento *me-*

*catamal, tecali, tejolote, tepeguaje, tescal, tilma, tlaco, tlacoyo, tlaconete, tocayo, toloche, tompiate, zacahuistle y zacatón.* [*Biznaga* no es, por supuesto, la voz probablemente mozárabe *bišnaqa* (cf. Corominas, *Diccionario etimológico*), sino el derivado del nahua *huitzli* 'espina' - *náhuac* 'alrededor', que designa una planta de la familia de las cactáceas muy distinta de la *biznaga* hispánica. En la castellanización del término nahua debió de influir —por cruce— la palabra española.]

<sup>48</sup> Distribuidos de la siguiente manera: vocablos que han aparecido tanto en la lengua hablada cuanto en la escrita = 114; vocablos recogidos únicamente en el habla = 83; vocablos de los documentos escritos = 66; adiciones de los investigadores = 50.

<sup>49</sup> Por ejemplo, los artículos o vocablos *chile, enchilada* y *enchilarse* son derivados de un mismo y único lexema nahua, como lo son también *coyote, coyotaje* y *coyotera*.

<sup>50</sup> Es decir, casos en que algunos informantes titubeaban, o en que era preciso que hicieran un pequeño esfuerzo para reconocer la palabra o su significado. Si a las palabras del primer grupo corresponde un 100% de vitalidad —al menos como

*dio*,<sup>51</sup> IV, voces poco conocidas o de significado impreciso para la mayoría de los informantes; V, voces prácticamente desconocidas; VI, voces enteramente desconocidas, al menos para los habitantes de la ciudad.<sup>52</sup>

A través de esta investigación, obtuvimos los resultados siguientes: los vocablos indígenas que todos los mexicanos conocen plenamente son 95 en total; estos vocablos se reducen, en realidad, a sólo 74 lexemas.<sup>53</sup> Al segundo grupo pertenecen otros 61 vocablos indígenas, 14 de los cuales son simples derivados de los términos pertenecientes al grupo anterior;<sup>54</sup> suponen, pues, sólo 47 lexemas nuevos. Al grupo tercero corresponden otros 62 vocablos, varios de los cuales son también simples derivados de los reunidos en los apartados anteriores. Y en los restantes grupos se incluyen 27, 38 y 30 términos más. Quiere esto decir que las voces que tienen vitalidad *pasiva* media o superior son, en total, 218, correspondientes a 168 lexemas indígenas.

vocabulario pasivo— a éstas del segundo grupo correspondería alrededor del 90% solamente. En la nota 55 proporciono los porcentajes aproximados que corresponderían a cada uno de estos seis grupos.

<sup>51</sup> O "medio-superior", por cuanto que se trata de palabras familiares para la mitad de nuestros informantes, aunque mal conocidas, dudosas o ignoradas por la otra mitad.

<sup>52</sup> Se trata, por lo general, de palabras que aparecen en alguna novela de tema indigenista o histórico, de "tecnicismo" con que un escritor trata de ambientar su obra, o de voces que han aparecido sólo una vez en el total de nuestras encuestas, como realidades propias exclusivamente del idiolecto o habla individual de nuestro informante.

<sup>53</sup> Por ser precisamente los lexemas o raíces más conocidos, son también los que con mayor facilidad dan origen a derivados estrechamente emparentados entre sí: *chocolate*, *chocolatera*, *chocolatería*, etc. (cf. nota 49).

<sup>54</sup> Por ejemplo, *coyotaje*, *abulado* o *mezcalero*, derivados respectivamente de *coyote*, *hule* y *mezcal* (grupo I).

## CONOCIMIENTO PASIVO DEL VOCABULARIO INDÍGENA REUNIDO

GRUPO I.<sup>55</sup> *Voces de conocimiento absolutamente general.* Aguacate, apapachar, atole, cacahuate, cacao, camote, capulín, cempazúchil,ocol, comal, coyote, cuate, chamaco, chapopote, enchapopotar, chapulín, chayote, chicle, chiclero, chicloso, chiche, chihuahua (usado como interjección eufemística), chile, enchilada, enchilarse, chipote, chipotle, chocolate, chocolatero, chocolatería, ejote, elote, epazote, escuincle, guacamole, guachinango, guaje, guajolote, henequén, huacal, huapango, huarache, hule, itacate, ixtle, jacal, jícama, jícara, jitomate, mata-tena, mecate, metate, mezcal, milpa, mitote, mitotero, molcajete, mole, náhuatl, nixtamal, nopal, nopalera, oco-  
te, paliacate, papalote, pepenar, pepenador, petaca, petacón, petate, petatearse, pilmama, pinole, popote, pozol(e), pulque, pulquería, pulquero, tamal, tambache, tecolote, tejocote, tepache, tepachería, tequila, tequilera, tlapalería, tlapalero, tocayo, tomate, zacate, zacatal, zapote, chicozapote y zopilote. (Total: 95 vocablos correspondientes a 74 lexemas.)

GRUPO II. *Voces de conocimiento casi general.* Achi-

<sup>55</sup> Naturalmente que los límites de estos seis grupos son un tanto relativos: Corresponden a las respuestas proporcionadas por nuestros cien informantes, que sólo aproximadamente pueden representar el estado lingüístico de más de seis millones de hablantes mexicanos. Sólo así, como índice relativo y simplemente aproximado, debe interpretarse nuestra agrupación, cuyos porcentajes relativos serían, más o menos, los siguientes: Grupo I = Conocimiento del vocablo en un 99 o 100% de los informantes. Grupo II = Conocimiento en un 85-98%. Grupo III = Conocimiento en un 50-85%. Grupo IV = En un 25-50%. Grupo V = 2-25%. Grupo VI = 0-1%.

chincle, ahuehuete, ajolote, apipizca,<sup>56</sup> ate, ayate, biznaga, capulina, cenzontle,ocolazo, coyotaje, cuatachismo, cuico, chamagoso, charal, chayotera, chía, chichicuilote, chilacayote, chilango, chilaquil(e), chilpayate, chinampa, chípil, chiquihuite, henequenero, huipil, huitlacoche, ahulado, ixtlero, jicamero, jiote, jitoso, enjitomatar, jocoque, mapache, mayate, mezcalero, mezquite, nagual, ocotero, olote, pagua, piocha, pípilo, pulcazo, quelite, talache, tatemar, tejolote, tepalcate, tepetate, tequesquite, tezontle, tianguis, tlaconete, tlacuache, toloache, totopo, tule y tuza. (Total: 61 vocablos y 47 lexemas nuevos.)

GRUPO III. *Voces de conocimiento medio.* Cacahuacincle, cacle, cacomisclé, cajete, cenote, copal, coyotera, cuija, chacualéar, chachalaca, chinchayote, chilpachole, chinaco, chuchulucó, güila, henequenera, huamúchil, huaracheo, huanzoncle, huizache, jilote, jicote, machincuepa, machote, malacate, malinchismo, malinchista, mecapal, mecapalero, memela, mezquital, milpal, mixiote, chimolero, molote, naco, ocelote, olotera, otate, oyamel, petateada, pibil, pinacate, popotillo, quetzal, quesquémel, quintonil, tajamanil, tenate, teocali, teponaztle, tilma, tinacal, tiza, tlaco, tlacoyo, tlachique, tlachiquero, toloche, tompiate, tular, zacatón. (Total: 62 vocablos y 47 nuevos lexemas.)

GRUPO IV. *Voces poco conocidas.* Acocil, achinchar, coconete, colote, coyol, chahuisclé, achahuisclarse, chichicasclé, chiltepín, equipal, guelaguetza, huehuenche, huizachal, jilotear, jiloteo, maquech, mecatal, chilmole, nanche, nauyaca, ocotillo, peyote, papaloquelite, socoyote, tecali, temascal, zacatonal (27 y 18).

GRUPO V. *Voces muy poco conocidas.* Acocote, achote, aguate, ahuaucle, ahui Zotear, amate, amole, áx-

<sup>56</sup> Por lo común, en la expresión *tener ojos de apipizca*, es decir, muy pequeños.

cale, ayacahuite, cacascle, cuacha, cuescomate, chaquiste, chimal, huizachera, ixtabentún, jilotillo, jocote, juil, macheual, meclapil, mezcalina, nahuatlato, neutle, nexcomil, otatillo, papazul, quiote, nacatamal, tecomate, tejuiño, tenamascle, tepeguaje, tlacuil, miltomate, total, uchepo, zacahuistle (38 y 31).

GRUPO VI. *Voces prácticamente desconocidas.* Camichín, tequescamote, canán, cuitla, chalchicuil, chichile, chomite, guare, mecuate, michi, atemole, ixcamole, ocochal, pascle, paxclal, pizote, quelitismo, salbute, quilotamal, tayacán, tecotehue, tescal, tlascal, topil, totomoxtle, tucero, xolosóchil, yagual, zacamiche, zontle (30 y 21).

## 4. VITALIDAD DE LOS INDIGENISMOS

4.1. LA COMPARACIÓN de las respuestas obtenidas en boca de los representantes de los distintos niveles socio-culturales, nos permite hacer algunas observaciones de cierto interés:

Aunque la casi totalidad del léxico reunido pertenece por igual al vocabulario pasivo de personas cultas o analfabetas, unas 60 palabras parecen especializarse un tanto como peculiares, en mayor o menor grado, de cierta clase sociocultural. De ellas, la mayor parte (35) pertenecen más bien —como era de esperarse— al habla culta, en tanto que sólo quince son mejor conocidas por los informantes incultos;<sup>57</sup> éstas suelen designar objetos propios de la cultura popular —como es el caso de *tlacuil* y *meclapil*—, conceptos relacionados con la agricultura —como sucede en el caso de *jilote*, *jilotear* y *quintonil*—, o especies propias de la alimentación popular —como *tlacoyo* y *memela*. En cambio las voces de mayor vitalidad en el ambiente culto pertenecen a los más variados dominios semánticos, aunque se refieren, en especial, a conceptos históricos (*chimal*, *teponastle*, *teocali*, *malinchismo*), a términos científicos o especia-

<sup>57</sup> Términos de mayor vitalidad en el habla media o culta son: *amate*, *cenote*, *equipal*, *guelaguetza*, *macehual*, *machote*, *malinchismo*, *mezcalina*, *nauyaca*, *ocelote*, *peyote*, *pibil*, *quetzal*, *tecali*, *teocali*, *tiza*, etc. Las únicas voces que reconocían con mayor espontaneidad nuestros informantes incultos fueron: *acocil*, *acocote*, *jilote* y *jilotear*, *meclapil*, *quintonil*, *tlacoyo*, *tlacuil*, *chichicuilote*, *güila*, *mecapal*, *memela*, *nexcómil*, *tlascal* y *totomoxtle*.

lizados (*mezcalina, nabuatlato*), arcaísmos o palabras en decadencia (*tiza*) y sobre todo regionalismos o voces procedentes de otras lenguas indígenas distintas del náhuatl (*cenote, guelaguetza, ixtabentún, maquech, papazul y pibil*).

4.2. Otra circunstancia a la que también hemos prestado atención —en nuestro deseo de delimitar con precisión la vitalidad de los distintos indigenismos recopilados, atendiendo para ello a diversos factores relevantes— ha sido la creatividad relativa de las diversas voces prehispánicas. La mayoría de los indigenismos reunidos son vocablos aislados que designan alguna particularidad concreta del mundo mexicano; pero hay unos cuantos, más vigorosos, que han dado origen a toda una familia léxica, más o menos compleja, y cuyos derivados poseen mayor o menor vitalidad. Los indigenismos más productivos son, de acuerdo con nuestros informes, los siguientes: *chile* (del cual derivan *enchilada* sust., *enchilado* adj., *enchilar(se)*, *chilero* y otras denominaciones de ciertas especies particulares de chiles), *pulque* (de donde *pulquería*, *pulquero*, *pulcazo* y *empulcarse*), *chocolate* (con *chocolatera* sust., *chocolatero* adj., y *chocolatería*), *petate* (de donde *petateada*, *petatearse*, *petatero* y *petatillo*), *jitomate* (con *enjitomatar*, *tomate* y *jitomatero*), *zacate* (del cual proceden *zacatón*, *zacatal* y *zacatonal*), *chicle* (de donde *chiclero*, *chicloso* y aun *chiclear*), *coyote* (con *coyotaje* y *coyotera*), *cuate* (con *cuatezón*, *cuatachismo* y *cuatacho*), *mezcal* (de donde *mezcalero*, *mezcalina*) y *pepenar* (con *pepenador* y *pepena*). Aunque menos productivos, podrían considerarse también aquí *nopal* (con *nopalera*), *petaca* (con *petacón* y *empetacar*), *tequila* (con *tequilera* y *tequilazo*), *tlapalería* (con *tlapalero*), *tepache* (con *tepachería*) y *chayote* (con *chayotera* y *chinchayote*). Los demás indigenismos no originan derivados usuales, o a lo más, dan lugar a la aparición de un solo derivado de poco uso.

4.3. También hemos atendido, como prueba de particular vitalidad en algunos de los vocablos reunidos, a la pluralidad de significados de cada voz o a su frecuente empleo en refranes, dichos o frases proverbiales. De acuerdo con esto, los indigenismos más productivos o más vitales serían: *Camote*, que a su significado propio ('raíz tuberosa comestible', de la *Ipomoea batatas*) añade el de 'tubérculo' en general, el de 'miembro viril', y aun el de 'necio, tonto'; se usa además como núcleo de varias expresiones familiares: *estar encamotado* 'muy enamorado', *estar tragando camote* 'estar en la luna', y *poner a uno como camote* 'regañarle duramente o darle una paliza'. *Chile* 'ají o pimiento' y también 'miembro viril'; usado además en la frase común *estar a medios chiles* 'estar medio borracho'; *enchilarse* 'sentir el ardor y los efectos consiguientes a comer demasiado chile' y también 'irritarse, enfurecerse'. *Cocol*, nombre de 'cierta clase de pan con figura de rombo', y también 'niño' (especialmente en su forma diminutiva, *cocolito*), más usado en las expresiones *quedar o estar del cocol* 'muy mal', y en la forma *cocolazos* 'tiros, disparos'. *Petate* 'estera tejida de tiras de hoja de palma' y en general la 'hoja de palma' seca (techo de *petate*, sombrero de *petate*, etc.); se usa con frecuencia en las frases familiares *doblar o liar el petate* 'morir' (especialización de su significado general 'irse') y *ser llamada de petate* 'ser más el ruido que las nueces' o 'enojarse violenta pero fugazmente'. *Pinole* es la 'harina o polvo de maíz tostado' y la 'bebida preparada con el polvo mismo batido en agua'; aparece además en las frases, muy usuales, *hacer pinole* a alguien o a algo 'hacerlo polvo, destrozarlo', y *quien tiene más saliva, traga más pinole* 'el más capaz o más hábil supera a los demás'. *Atole* 'bebida espesa hecha con maíz cocido y molido, diluido en agua y hervido', usada alguna vez como sinónimo de 'papilla'; figura en las expresiones

generales *dar atole con el dedo* 'engañar, hacer concebir falsas esperanzas', y *correr a uno atole por las venas* 'ser flemático e irresoluto'. *Coyote*, además de designar al *canis latrans* (especie de lobo americano), se aplica al falso abogado, al gestor que trafica con negocios curialescos sin autorización legal. *Cuate* es el término más empleado para designar al 'mellizo, gemelo', pero se usa también como sinónimo de 'amigo íntimo' o como fórmula de tratamiento de confianza; usado como adjetivo, se aplica asimismo a lo que es doble (escopeta cuata). *Güila* 'hembra del pavo, guajolota', es designación popular de la 'prostituta'; además, como adjetivo, *güilo*, -a es sinónimo de 'cojo, tullido'; como 'cierto papalote o especie de cometa' (Santamaría, *Dicc. mejicanismos*, s. v.) no lo hemos documentado en nuestra investigación. *Mole* 'guiso preparado con salsa de chile y ajonjolí, hecho especialmente con carne de guajolote', es también designación de la 'sangre' en la frase *sacar el mole a alguien* (hacerle sangrar), y aparece asimismo en la expresión *ser algo el mole de uno* 'ser de su gusto especial, su tema o pasión favorita' ("eso es mi mero *mole*", como 'hallarse en su propia salsa'). El sentido estricto de *petaca*, 'arca de cuero o de madera o mimbres con cubierta de piel, por lo común con asa en la juntura de las tapas' se ha hecho extensivo, genéricamente, al de 'maleta', pero se usa también muy comúnmente con el de 'la cadera carnosa y abultada de la mujer' y por extensión con el de 'glúteos, nalgas', tanto de mujer como de hombre; de ahí que *petacón* sea calificativo de la persona nalgona o caderuda. Además de 'recoger, rebuscar, levantar con la mano, principalmente del suelo', el verbo *pepenar* significa corrientemente 'tomar' o 'robar algo'; y *pepenar(se) a alguien* es 'sorprenderlo in fraganti' o 'darle una tunda, una paliza' e, inclusive, 'matarlo'; su derivado *pepenador* es la denominación más común del 'basurero: persona que

recoge las basuras de las casas o calles'. *Tecolote* es la designación general de la 'lechuzas', pero se usa además como apodo del 'gendarme, policía'; figura asimismo en la locución familiar *cantarle a uno el tecolote* 'anunciarle la muerte inminente', de donde 'estar agonizando'. El *quiote* 'bohordo o tallo floral del maguey', se aplica también al 'cuello' de una persona, especialmente si es muy largo, y al 'miembro viril'. *Tenate* o *tanate*, así como su sinónimo *tompate*, designan la 'espuerta cilíndrica hecha con hoja de palma tejida' y, por extensión, 'bolsa, esportilla' en general; pero además sirven como denominación vulgar de los 'testículos' o del 'escroto'; el primero se usa también en la frase hecha *cargar con los tanates* 'mudarse, irse con la música a otra parte'. El *popote* es el 'tallo hueco y delgado de ciertas plantas' y, muy especialmente, la 'canulita usada para absorber líquidos'; la expresión *ser o estar hecho un popote* significa 'ser muy flaco o estar muy desmejorado, muy adelgazado'. Históricamente el *escuintle* es el 'cuadrúpedo parecido al perro, sin pelo, que usaban los indios para comer', pero en la actualidad es el nombre que se da al 'perro callejero u ordinario' especialmente si es de tamaño pequeño, y sobre todo, como despectivo, al 'niño, rapaz'. *Guaje* es el 'árbol' de tierra caliente (*acacia crecencia alata*) y su fruto, y también el 'calabazo compuesto de dos cuerpos casi esféricos, unidos por un cuello corto, que se usa como recipiente para líquidos'; como adjetivo es sinónimo de 'bobo, tonto'; se emplea sobre todo en las expresiones *hacerse guaje* 'hacerse el tonto, desentenderse' y *hacer guaje a uno* 'engañarle'.

Aunque menos ricas o menos empleadas con diversas acepciones, podrían incluirse en esta relación las voces *chocolate* ('sangre' en la expresión *sacar el chocolate a uno*, y 'veneno' en la frase hecha *dar su chocolate a alguien* 'envenenarlo, matarlo'); *guajolote* ('pavo' y 'tonto, bobo'), *piocha* (la 'barba recortada, barba de *chiva*'),

usual en la expresión familiar *estar piocha* por 'estar bien, excelente'); *zacate* ('hierba' o 'pasto' y también 'estropajo'), y aun otros que ocasionalmente se emplean con un sentido figurado secundario o forman parte de frases estereotipadas de cierta popularidad.<sup>58</sup>

4.4. Finalmente hemos atendido también, en nuestro afán de sopesar la relativa vitalidad e importancia de esos indigenismos, a la extensión geográfica de su empleo, si bien esta circunstancia nos parece menos relevante, ya que bien puede darse el caso de que un nahuatlismo poco usual hoy en México haya traspasado las fronteras del país y tenga plena vigencia en otras hablas hispanoamericanas, sin que por ello se le deba considerar, obviamente, como término representativo del indigenismo léxico mexicano;<sup>59</sup> sólo en el caso de que sea palabra relativamente común en el habla mexicana

<sup>58</sup> Como *mayate* ('escarabajo de bellos colores', *Hallorina dugessii*, y 'afeminado') o *naco* ('indio' y 'torpe, tonto'), *bule* ('goma, caucho, látex del tallo del árbol', y también 'débil' aplicado a las piernas en la expresión *tener patas de bule*), *nauyaca* ('víbora muy venenosa' *Bothrops atrox*, y 'malintencionado, difamador, traicionero' en la frase *ser una nauyaca*), *toloache* ('estramonio' *Datura stramonium*, usual sobre todo en la locución *dar toloache* 'envenenar, matar'), *milpa* ('plantación de maíz', que ha dado origen a la expresión *lloverle a uno en su milpa* 'irle bien en sus negocios, llegarle la buena suerte', o, por ironía, todo lo contrario: 'irle muy mal'), *matatena* ('piedrecilla redonda' y 'juego infantil' como el de la taba; en la frase hecha *dar matatena*, eufemismo por 'matar') y *zopilote* (el 'ave de rapiña' *Cathartes atratus*, y como adjetivo 'avaricioso, ansioso, avorazado'). El verbo *chacualear*, no muy empleado, reúne una serie de acepciones afines, aunque en la consciencia lingüística de los hablantes mexicanos no tiene un sentido "primario" preciso; se usa como sinónimo de 'agitar', de 'chapotear', de 'chismorrear' y de 'juguetear'.

<sup>59</sup> El caso del náhuatl *tiza* es sumamente ilustrativo: común en España y en otros países hispanohablantes, resulta prácticamente inusitado en México, donde ha sido reemplazado por el latinismo *gís* (< *gypsum*), de manera que la forma *tiza* sólo se emplea para designar la 'pasta de yeso y greda con que se unta la suela del taco del billar, para que no resbale sobre la bola'.

podrá tener algún significado particular el hecho de que se emplee en otros países de lengua española.<sup>60</sup>

De acuerdo con este punto de vista, a los nahuatlismos que podrían considerarse ya como elementos del español común,<sup>61</sup> sería posible añadir los siguientes, usuales en los países de Centroamérica o aun en algunas regiones sudamericanas: *camote*, *capulín*, *malacate*, *tamal*, *achiote*, *huacal*, *machote* y *pinol(e)*; *chayote*, *jicama*, *mecate*, *nopal*, *tianguis*, *zopilote*, *atole*, *cacle*, *cen-zontle*, *comal*, *cuate*, *chamaco*, *chapulín*, *chile* y *enchilarse*, *ejote*, *elote*, *metate*, *milpa*, *nixtamal*, *pepenar*, *pozol(e)*, *quelite*, *tanate* (o *tenate*), *tecolote*, *tecomate*, *tlacuache* (o *tacuazín*), *tule*, *zacate* y *zapote*; *chachalaca*, *chapopote*, *chia*, *chilaquil*, *guachinango*, *guaje*, *guajolote*, *huipil*, *jacal*, *mezcal*, *mole*, *ocote* y *olote*.<sup>62</sup>

4.5. Otra circunstancia que podría afectar a la vitalidad futura de algunos de estos indigenismos, es el hecho de que se encuentren o no en concurrencia con otras voces sinónimas, ya sean de origen español, ya procedan de otras lenguas indígenas.

4.5.1. Atendiendo a ello, deben destacarse en primer lugar los vocablos señeros, de significado privativo, y que, por tal circunstancia, no sufren los embates de

<sup>60</sup> Por otra parte, al hacer este tipo de consideración, nos asalta un pequeño escrúpulo, debido a la diferencia metodológica que, dentro de nuestro trabajo, representa esta clase de análisis. En efecto, no operamos ahora con datos estadísticos de primera mano, proporcionados por nuestras encuestas o nuestros informantes, sino que tenemos que basarnos en las noticias incluidas en los diccionarios de americanismos en uso, los cuales rara vez indican cuál es el grado de vitalidad de las voces en ellos recogidas. De manera que corremos el peligro de conceder la misma importancia a informaciones de alcance real muy diverso.

<sup>61</sup> Como *cacahuate*, *cacao*, *coyote*, *chicle*, *chocolate*, *hule*, *ji-cara*, *petaca*, *petate*, *tocayo*, *tomate*, *aguacate*, *ocelote* y *quetzal*.

<sup>62</sup> En esta enumeración hemos procurado seguir un orden de importancia relativa —siquiera sea aproximadamente—, establecido de acuerdo únicamente con las informaciones que proporcionan los diccionarios de americanismos existentes.

otras voces sinónimas: *aguacate*, *cacahuate*, *coyote*, *chayote*, *chile*, *chocolate*, *guacamole*, *ejote*, *elote*, *huapango*, *jitomate* y *tomate*, *malinchismo* y *malinchista*, *metate*, *mole*, *nopal*, *petate*, *pulque*, *tamal*, *tepache*, *tequila*, *tlapalería*, *tocayo*, *zapote*, *zopilote*, *milpa* y *atole*.

4.5.2. Otros nahuatlismos, en cambio, están en concurrencia con voces hispánicas, que ya —en el habla citadina contemporánea— resultan más usuales y comunes que el término indígena correspondiente. Tal es el caso de *cocolazo*, que está en desventajosa competencia con *golpe*, *trancazo*, por una parte, y con *tiro*, *disparo*, por otra. O de *pilmama*, en concurrencia con el más normal, *nana* y aun con *niñera*; o de *chomite*, prácticamente inusitado, en favor de *falda*; o de *chamagoso*, en clara desventaja ante *mugroso*, *sucio*. Reúno a continuación otros muchos casos en que la palabra indígena cede actualmente ante el término castellano equivalente:

<i>chichicascle</i>	frente a ortiga
<i>itacate</i>	frente a lunch, merienda, almuerzo (alimentos que se llevan para consumirlos fuera de la casa)
<i>tlaconete</i>	frente a babosa
<i>colote</i>	frente a cesto (canasto)
<i>chípil</i>	frente a mimado, consentido; celoso
<i>socoyote</i>	frente a hijo menor, benjamín
<i>tenamascle</i>	frente a piedra
<i>petatearse</i>	frente a irse, morir
<i>jicote</i>	frente a abejorro
<i>aguate</i>	frente a espinita o espina (de la tuna)
<i>cajete</i>	frente a cazuela; hoyo
<i>piocha</i>	frente a barbita o barba de chivo
<i>talache</i>	frente a pico (zapapico)
<i>teponastle</i>	frente a tambor (—cito)
<i>tilma</i>	frente a cobija, zarape
<i>mecapalero</i>	frente a cargador (estibador)

<i>totopo</i>	frente a tostada (tortilla frita)
<i>cuico</i>	frente a policía, azul
<i>meclapil</i>	frente a mano (del metate)
<i>Pascle</i>	frente a heno
<i>chacualear</i>	frente a agitar, zarandear; chapotear; jugar; chismorrear
<i>tlachique</i>	frente a aguamiel
<i>totomoxtle</i>	frente a hoja de maíz
<i>cuacha y cuitla</i>	frente a caca, excremento, mierda
<i>chimal</i>	frente a escudo
<i>nexcómil</i>	frente a olla (para el nixtamal)
<i>áxcate</i>	frente a eso es, ándele, O. K.
<i>guaje</i>	frente a tonto, menso; calabazo, bule
<i>pepenar</i>	frente a (re)coger; apoderarse, robar

4.5.3. Menos frecuentes, aunque no raros, son los casos inversos, en que la sinonimia parece resolverse, al menos en el habla actual, en favor de la voz indígena: *cempasúchil* se oye con mayor frecuencia que *flor de muerto*; *jacal* más que *choza*; *tecolote* es mucho más usual que *lechuza* o *bubo*, y *zacate* más que *hierba o pasto*; *ate* parece preferirse a *pasta* (de membrillo, guayaba, etc.; son también usuales los compuestos *membri-llate*, *guayabate*, *peronate*). Asimismo *machote* es designación más usual que *forma* o *esqueleto* (para 'formulario'), *capulina* que *viuda negra*, y *papalote* que *cometa*.

4.5.4. En la mayoría de los casos sería difícil determinar con precisión si alguna de las voces concurrentes predomina, en cuanto a su empleo, sobre la otra. Pueden intervenir en ello muy diversos factores: preferencias socioculturales, familiares o aun personales, diferencias estilísticas o generacionales, etc. De cualquier manera, el hecho de que una forma indígena esté en concurrencia con otra u otras de origen hispánico puede conducir a la eliminación de la voz nahua, poco a poco sofocada por la castellana de uso general en otros países

de lengua española e, inclusive, en otras regiones de México, o tal vez a la especialización del vocablo indígena (reducción semántica), frente al término hispánico más general. Señalo a continuación los casos en que se da concurrencia equilibrada de sinónimos:

*Acocil* alterna con *camarón* (de río o de agua dulce); *cuija* con *besucona*, *lagartija* y —en algún informante— con *salamanquesa*; *jiote* con *empeine* 'pitiriasis'; *petaca* con *maleta* y, más frecuentemente, con el galicismo *veliz*, en tanto que *petacón* aparece en incidencia con *nalgón*. Los indigenismos *guajolote* (el más empleado, con notable diferencia), *totol*, *pípilo* y *cócono* alternan entre sí y todos ellos con *pavo*, de igual manera que *güila* alterna, de un lado, con *pava*, *cócona* o *pípila*, y de otro, con los comunes *puta*, *prostituta* o cualquiera de los eufemismos populares. *Matatena* parece ceder ante el más amplio *pedrita* (o *piedra de río*), *machincuepa* ante *maroma* 'voltereta', y *mayate* ante el genérico *escarabajo*. *Chamaco*, *escuintle*, *coconete* y *chilpayate* son nahuatlismos que alternan entre sí y, a su vez, con los hispánicos *niño*, *muchacho*, *hijo*, *chico*, *bebé*, *nene* y *criatura*. El genérico *mecate* parece resistir bien los embates de *reata*, *cuerda* o *cordón*, de igual modo que *mitote* subsiste, como forma familiar de uso firme, ante los más generales *pleito* o *alboroto*, de un lado, y *fiesta*, de otro; su derivado *mitotero* se mantiene asimismo frente a *peleonero* o *bravo*, de una parte, *fiestero* de otra, y aun *chismoso*. Aunque *cuate* está en concurrencia con dos series de sinónimos (por una parte con *amigo*, *mano*, (*compa*)ñero o *compadre*, y de otra, con *gemelo* o *mellizo*), se conserva con bastante vitalidad, sobre todo en el hablar familiar o popular. De igual modo, *cuico* se mantiene como forma familiar o humorística ante el general *policía* y el también festivo *azul* (por el color del uniforme). En cambio los indigenismos *achichinar* y *tatemar* se emplean proporcionalmente menos que

*quemar, achicharrar, tostar* o *chamuscar*, en tanto que *cacle* y, sobre todo, *huarache* tienen uso más amplio que los hispanismos *chancla* o *sandalia*. *Tenate* y *tompiate* alternan, en un sentido, con *canasta* o *cesto*, y, en otro, con *testículos* o *huevos*. Otras concurrencias más: *Chipote* con *chichón*, *paliacate* con *pañuelo*, *ocote* (y, en menor escala, *ayacabuite*) con *pino*,<sup>63</sup> *jilote* con *pelillo* o *cabellito* (de la mazorca), *jocoque* con *leche cortada*, y *chiquibuite* con *cesto* o *canasta*.

4.5.5. En algunos casos, por último, la concurrencia de formas indígenas y españolas ha desembocado en algún tipo de especialización semántica. Así, ante el general *mercado*, el nahuatlismo *tianguis* designa específicamente el mercado indígena, levantado al aire libre, de igual modo que *teocali* es término culto —frente el común *templo* o *iglesia*— reservado para designar el templo de los pueblos indígenas anteriores a la conquista (en especial, el “Gran Teocali” de Tenochtitlan). Frente a los generales y cultos *pecho* o *seno*, el indigenismo *chichi* o *chiche*<sup>64</sup> es forma enteramente familiar, aunque de uso muy frecuente (muy superior al vulgar *teta*). *Escuincla* se ha ido cargando de sentido peyorativo frente al general *niño* o *muchacho*; y *tololoche* es más propio del habla popular, en tanto que la norma culta prefiere *contrabajo*.

4.6. Como puede advertirse, todas estas consideraciones conducen a resultados homogéneos y esencialmente congruentes: La casi totalidad de las voces que

<sup>63</sup> Son, en realidad, variedades distintas de coníferas, pero el hablante medio de la ciudad las suele confundir.

<sup>64</sup> Corominas (*DCELC*) los considera forma hispánica de origen onomatopéyico, pero la amplísima documentación nahua antigua que ofrece Fr. Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* (México, 1571) prueba suficientemente su raíz indígena, al menos para su uso dentro del español de México. (De ello me ocupó en un breve estudio sobre algunas etimologías hispano-nahuas que estoy preparando actualmente.)

se particularizan por su capacidad de crear derivados, o por poseer diversas acepciones, o por ser las únicas usuales para designar el concepto correspondiente, o por la amplia extensión geográfica de su uso, son precisamente las que con mayor frecuencia se han registrado en nuestras encuestas y pertenecen a la clase de palabras que —como vocabulario pasivo— han quedado incluidas dentro de los grupos de conocimiento general o casi general.<sup>65</sup> Las únicas excepciones son *güila*, *tenate*, *tompíate*, *naco*, *nauyaca* y *quiote*, voces que, poseyendo cierta riqueza semántica (diversidad de significados), no son de uso frecuente ni pertenecen al vocabulario pasivo de todos nuestros informantes. La razón es clara: en los tres primeros casos, se trata de voces que tienen un significado sexual determinado, que ciertos hablantes ignoran; *quiote* y *nauyaca* son denominaciones de realidades un tanto ajenas a la vida urbana. Aunque han rebasado las fronteras de México, tampoco son de uso absolutamente general los indigenismos *achiote*, *tecomate*, *chachalaca*, *cacle*, *malacate* y *machote*. La explicación parece asimismo fácil: los tres primeros son más propios de la lengua campesina que de la urbana; tampoco el *malacate* o el *cacle* son objetos que utilice comúnmente el hombre ciudadano; y los *machotes*, en cambio, son relativamente extraños a las actividades cotidianas de las clases populares.

Podríamos afirmar, en conclusión, que los indigenismos de uso general en el español de México ascienden, en total, a la cantidad de 156 vocablos, correspondientes a 121 lexemas; sumando a ellos las voces de uso o conocimiento parcial, se llegaría a 245 vocablos y 186 lexemas. Cantidades no despreciables, por cierto, pero tampoco tan elevadas como para suponer que su desaparición “produciría un caos verdaderamente horrible” en el habla mexicana, según creía D. Rubio (cf. *supra*, n. 15).

<sup>65</sup> Cf. pp. 35-36, grupos I y II.

## 5. CLASIFICACIÓN

5.1. POR LO QUE RESPECTA al origen de estas voces, debe señalarse que la inmensa mayoría procede del náhuatl. Es ésta, prácticamente, la única lengua indígena de México que ha enriquecido el vocabulario usual en la capital. Los préstamos debidos a las demás lenguas prehispánicas son insignificantes, si bien en el español provincial de las zonas en que se hablan aún esas lenguas, puede encontrarse mayor número de voces tomadas de ellas; pero son muy pocas las que se han propagado al español general del país.

5.2. Del maya, lengua que sigue en importancia al náhuatl, y cuya influencia en el español de Yucatán es muy superior a la ejercida sobre el español común de México, pueden hacerse derivar nueve voces: *canán*, *cenote*, *chilango*, *henequén*, *ixtabentún* (cf. Santamaría, s. v. *xtabentún*), *maquech*, *papa(d)zul*, *pibil* y *salbute*. Al tarasco pertenecen *cuacha*, *charal*, *huarache*, *tambache* y *uchepo*. Del otomí no hemos recogido más que *naco*; del zapoteco, *guelaguetza*. Y *guare* es la única de nuestras voces que se considera de origen cahita.<sup>66</sup>

5.3. Desde el punto de vista gramatical, cabe señalar que la inmensa mayoría de las voces recopiladas son sustantivos, por lo general concretos; los verbos (12) y los adjetivos suman apenas dos docenas de tér-

<sup>66</sup> La palabra *tecotehue*, que documentamos una sola vez en todas nuestras encuestas como denominación de una 'planta aromática', no figura en ninguno de los diccionarios consultados. Santamaría recoge sólo la forma *tecote* como nombre vulgar de la *Jatropha spathulata*, pero sin proponer etimología. La apariencia es, indudablemente, nahua.

minos; como formas interjectivas se usan sólo *áxcate* y *chihuabua* (topónimo empleado como interjección eufemística en sustitución de *chingar* y sus derivados). A las restantes categorías funcionales —adverbios, preposiciones y conjunciones— no corresponde ni un solo indigenismo.

5.4. Los sustantivos son en su mayoría designaciones pertenecientes a la flora y la fauna peculiar del país.<sup>67</sup> De ellas, una buena parte son nombres de vegetales o frutos comestibles (*capulín, aguacate, jicama, ejote, chile, epazote, jitomate, elote, chipotle, quelite, zapote*, etc.; total 35 términos) y otra, de animales también comestibles (*acocil, ajolote, chachalaca, charal, chichicuilote, guachinango, abuacle, guajolote, güila, pipilo, juil, totol*). Como veintisiete de los sustantivos comunes corresponden a nombres de comidas (*atole, enchilada, guacamole, mole, tamal, pozole, totopo*, etc.) y ocho a bebidas populares (*mezcal, pulque, tepache, tequila, neutle*), el número de voces relacionadas con la alimentación asciende a 82 términos, lo cual representa bastante más de la cuarta parte de los indigenismos registrados. Hay que tener en cuenta, además, que esos vocablos son los que muestran mayor vitalidad en la

<sup>67</sup> De un total de 118 vocablos, 82 corresponden a la flora y 36 a la fauna. A ellos habría que añadir los derivados —sustantivos o adjetivos— de algunos de esos 118 lexemas, como *benequenera, huizachera, mezquital, nopalera, ocotero, paxclal, coyotera, tular, zacatal, tucero, chiclero*, etc., de manera que el léxico relacionado directa o indirectamente con la flora y fauna del país representaría casi la mitad del total reunido en nuestro archivo (151 voces). La vitalidad de estos términos es muy desigual: en tanto que unos pertenecen al fondo idiomático común (*aguacate, cacahuate, capulín, cempazúchil, chayote, ocote, jitomate, zapote*, etc., en lo relativo a la flora, o *coyote, guajolote, chapulín, zopilote, guachinango, tecolote*, etc., en lo referente a la fauna), otros han aparecido sólo ocasionalmente en nuestras encuestas y son prácticamente desconocidos para la mayoría de nuestros informantes (*zacamiche, totomoxtle, tecotehue, pizote, camichín, canán, mecuate*, etc.).

lengua hablada. En efecto, de las 95 voces que integran el grupo de indigenismos de mayor uso, casi la mitad —44— se relacionan con la alimentación popular.

5.5. Aparte de esos términos de la flora, la fauna y la alimentación, sólo otro aspecto del vocabulario mexicano aparece esmaltado por un número de indigenismos digno de tomarse en consideración: el de los enseres o utensilios domésticos. A él pertenecen nahuatlismos de frecuente empleo, como *petate*, *comal*, *metate*, *molcajete*, *chiquibuite*, *jícara*, *ayate*, etc., hasta un total de 20 términos. En cambio indigenismos de carácter afectivo (meliorativos o peyorativos) hemos reunido pocos: *cuate*, *mitotero*, *escuincle*, *chamaco*, *chípil*, *achichinle*, *malinchista*, *naco*, *guaje*, *cocolazo*, *cuico*, *petacón*, *chilango* y *chilpayate* son los únicos que aparecen con cierta frecuencia.

## 6. LENGUA HABLADA Y LENGUA ESCRITA

LA CONFRONTACIÓN de los resultados obtenidos mediante el estudio de la lengua hablada y de la lengua escrita, nos permite hacer algunas observaciones de carácter general. La mayor parte de los indigenismos se ha documentado tanto en el habla cuanto en la literatura (114 vocablos), pero un buen número de voces —83— ha sido recogido exclusivamente en la lengua hablada, en tanto que 66 se han documentado sólo en la lengua escrita.

6.1. En el habla se advierte una mayor frecuencia de términos relativos a la alimentación; algunos de ellos han aparecido exclusivamente en la lengua hablada (como *zapote*, *pagua*, *guacamole*, *totopo*), y otros predominan ampliamente en ella (como *elote*, que apareció 53 veces en 16 grabaciones distintas, mientras que en la lengua literaria sólo apareció 4 veces en otras tantas obras; o como *mole*, con 104 apariciones en 34 encuestas orales, frente a sólo 11 en 6 textos; o como *tamal*, con 40 casos en el habla y sólo 5 en la escritura; o como *chile*, con 143 en 45, frente a 21 en 11 respectivamente).

Abundan también más en la lengua hablada, como cabría esperarse, las voces familiares, coloquiales, a veces humorísticas, que la lengua literaria rechaza o emplea sólo ocasionalmente. Así los verbos propios del habla familiar *tatemar* y *achichinar* no han aparecido ni una sola vez en la literatura consultada, que parece preferir los hispánicos más generales *quemar*, *abrasar*,

*chamuscar*, etc. De igual manera, la palabra *chichi*, común y aun usadísima en el habla para 'pecho, seno, teta', no se documenta ni una sola vez en los textos leídos.

También *pepenar* parece ser mucho más propio del habla que de la escritura, donde se sustituye por *coger*, *agarrar*, *tomar*, etc. Asimismo es ilustrativo el contraste entre la vitalidad que tiene *cuate* en el habla (103 casos en 30 grabaciones diferentes) y en la lengua escrita (15 en tres obras).

6.2. En cambio, la lengua escrita muestra una capacidad muy superior a la del habla en la formación de derivados mediante sufijación. De los 66 términos que han aparecido exclusivamente en el idioma escrito, casi la mitad —30— son adjetivos, sustantivos o verbos derivados de un lexema de uso más general,<sup>68</sup> lo cual corresponde a la diferente actitud seguida por la lengua culta en la composición y derivación morfológica (uso de sufijos y morfemas orgánicos en general) frente a los procedimientos preposicionales o perifrásticos propios del habla: *abulado* frente a *de hule*.

También predominan en la lengua escrita algunas palabras de uso estilístico, evocadoras intelectualmente de ciertos ambientes o matices rústicos, que el pueblo, no obstante, emplea poco. Revelador es, a este respecto, el caso de *jacal*: aunque es una de las voces más frecuentes en nuestros textos literarios (131 casos de aparición en 5 obras distintas), sólo ha aparecido 9 veces en las encuestas orales, por la sencilla razón de que el pueblo humilde, habitante de los jacales, considera a

<sup>68</sup> Son los siguientes: *coyotaje*, *cuatachismo*, *enchapopotar*, *chayotera*, *chocolatero*, *huaracheo*, *abuizotear*, *henequenera*, *huizachal*, *huizachera*, *abulado*, *ixtlero*, *jiloteo*, *enjitomatar*, *mecapalero*, *mezcalero*, *mezcalina*, *mezquital*, *milpal*, *chimolero*, *ocobal*, *ocotero*, *ocotillo*, *pulcazo*, *quelitismo*, *popotillo*, *tepachería*, *tlachiquero*, *zacatal*, *zacatonal*.

éstos —y así los denomina— sus *casas*, no sus chozas. Por su poder evocador, posiblemente, predominan en la lengua literaria voces como *mezquite* (44 veces en 4 obras, frente a 9 casos en sólo dos grabaciones) y *nopalera* (18 testimonios escritos frente a uno solo en el habla).

Como era de suponerse, los materiales escritos que hemos reunido revelan a veces las peculiares predilecciones de cada escritor o una situación o circunstancia particular de la trama. De ahí que —en tanto que las voces halladas en el habla suelen distribuirse en muy diversas entrevistas— algunos de los términos escritos se concentran desproporcionadamente en la obra de un solo escritor. Tal es el caso de la palabra, apenas usual, *camichín*, que ha aparecido 13 veces en una sola obra; o de *ajolote*, hallada 28 veces en dos escritos, y sólo 2 veces en una encuesta oral; o de *chihuabua*, usada como interjección hasta 12 veces en una sola novela; o, en particular, de *tlacuache*, ya que de las 66 veces que ha sido documentada esta palabra, 63 pertenecen a una sola obra literaria.

6.2.1. Debe consignarse, por último, el hecho de que la aparición de indigenismos disminuye notablemente en la lengua poética. Aparte de las obras indicadas en la nota 36, he leído diez libros de poesía, escrita por autores contemporáneos,<sup>69</sup> y he advertido que en

<sup>69</sup> Los libros espigados han sido los siguientes: José Gorostiza, *Poesía*, México, FCE, 1964; Griselda Álvarez, *Anatomía superficial*, Tezontle, México, 1967; Jaime García Terrés, *Los reinos combatientes*, México, FCE, 1961; Norma Carrasco, *De ser, amor y muerte*, México, 1962; Octavio Paz, *La estación violenta*, México, FCE, 1958; Rubén Bonifaz Nuño, *Siete de espadas*, México, 1966; Marco Antonio Montes de Oca, *Cantos al sol que no se alcanza*, México, FCE, 1961; Griselda Álvarez, *Desierta compañía*, México, 1961; Paloma Castro Leal, *A la sombra de Dios*, México, 1958; Luis Ríus, *Canciones de amor y sombra*, México, 1965.

la mayor parte de ellos (en siete) no figura ni un solo indigenismo,<sup>70</sup> y que éstos son muy poco frecuentes en los tres restantes.<sup>71</sup>

<sup>70</sup> No aparecen en la poesía de J. Gorostiza, ni de G. Álvarez, ni de P. Castro Leal; en el libro de J. García Terrés aparece *México* una sola vez; en el de N. Carrasco, *Popol Vuh*, también una vez, y en el de Luis Ríus, *Guanajuato* (p. 67), como título de uno de los poemas.

<sup>71</sup> Marco A. Montes de Oca emplea una sola vez, en toda la obra, el nahuatlismo *zenzontle* (p. 42). Octavio Paz usa sólo —una vez en cada caso— los indigenismos *huizache* (p. 49), *nopal* (p. 51) y *tezontle* (p. 61), además del gentilicio *mexicano* (p. 10). El poeta que más frecuentemente utiliza los nahuatlismos es, sin duda, R. Bonifaz, en cuyo libro aparecen —también en forma aislada— los siguientes: *nopal* (poema N° 48), *chile* (N° 54), *petate* (N° 59), *copal* (N° 66), *elote* (N° 93), *biznaga* (N° 124), *atole* (N° 126), *milpa* (N° 131), *jilotear* (N° 131), *nagual* (N° 141) además de *mexicano* (N° 75). Según propia declaración de este autor, el empleo de indigenismos en su poesía responde a un deseo consciente y premeditadamente estilístico.

CUADROS ESTADÍSTICOS  
Y  
LISTA DE INDIGENISMOS

# I. CIFRAS TOTALES

Total de palabras reunidas

~ 4 600 000

Total de indigenismos { Lengua hablada = 10 482  
 Lengua escrita = 11 406  
 Adiciones = 50 } = 21 938 ..... 0.477% del total absoluto

De ellos { Topónimos y gentilicios = 18 554 ..... 84% del total de indigenismos  
 Genéricos { Lengua hablada = 10 482  
 Lengua escrita = 11 406  
 Adiciones = 50 } = 3 384 ..... 0.073% del total absoluto

Correspondientes a { comunes = 114  
 lengua hablada = 83  
 lengua escrita = 66  
 adiciones = 50 } = 313 vocablos  
 lexemas ..... 238 lexemas

## II. LENGUA HABLADA

Total de voces reunidas =	~ 2 211 000
Total de indigenismos =	10 482 .... 0.478% del total absoluto
De ellos {	
Topónimos y gentilicios =	8 500 .... 80% del total de indigenismos
Voces 'genéricas' =	1 982 .... 0.09% del total absoluto
	↓
Correspondientes a {	
vocablos =	197
lexemas =	165

## III. LENGUA ESCRITA

Total de palabras reunidas =	~ 2 393 750
Total de indigenismos =	11 406 .... 0.476% del total absoluto
De ellos {	
Topónimos y gentilicios =	10 054 .... 88% del total de indigenismos
Indigenismos genéricos =	1 352 .... 0.057% del total absoluto
	↓
Correspondientes a {	
vocablos =	180
lexemas =	141

## IV. ADICIONES

Indigenismos genéricos = 50 (cf. la nota 47) Correspondientes a = 38 nuevos lexemas

LISTA ALFABÉTICA DE LOS INDIGENISMOS REUNIDOS  
E INDICACIONES SOBRE SU VITALIDAD \*

acocil	IV — H (8 en 2)
acocote	V — E (3 en 1)
achichinar	IV — H (1 en 1)
achichincle	II — H (4 en 2)
5 achioté	V — H (6 en 2)
aguacate	I — C (38 en 17): H (33 en 13) y E (5 en 4)
aguaté	V — E (1 en 1)
ahuaucle	V — H (1 en 1)
ahuehuete	II — C (5 en 5): H (3 en 3) y E (2 en 2)
10 ahuitzotear	VI — E (1 en 1)
ajolote	II — C (30 en 3): H (2 en 1) y E (28 en 2)
amate	V — Ad.
amole	V — E (1 en 1)
(a) papachar	I — C (6 en 4): H (3 en 3) y E (3 en 1)
15 apipizca	II — Ad.

\* El número romano indica el grupo a que —por su "vitalidad" pasiva— pertenece el indigenismo. Uso *H* para indicar que la voz se registró en la lengua hablada; *E*, en la escrita; y *C* significa que la voz es común a ambas. *Ad.* alude a las adiciones (voces no documentadas en grabaciones ni en textos).

ate	II — H (4 en 2)
atole	I — C (45 en 19): H (31 en 15) y E (14 en 4)
áxcale (úx-)	V — E (1 en 1)
ayacahuite	V — E (4 en 1)
ayate	II — C (8 en 2): H (6 en 1) y E (2 en 1)
biznaga	II — Ad.
cacahuacincle	III — Ad.
cacahuate	I — C (45 en 25): H (30 en 18) y E (15 en 7)
cacao	I — C (9 en 5): H (6 en 3) y E (3 en 2)
25 cacascle	V — Ad.
cacle	III — H (4 en 1)
cacomiscle	III — H (5 en 1)
cajete	III — H (1 en 1)
camichín	VI — E (13 en 1)
30 camote	I — C (13 en 6): H (11 en 4) y E (2 en 2)
tequescamote	VI — H (1 en 1)
canán	VI — E (1 en 1)
capulín	I — C (9 en 6): H (8 en 5) y E (1 en 1)
capulina	II — Ad.
35 cempasúchil	I — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3)
cenote	III — C (9 en 3): H (8 en 2) y E (1 en 1)
cenzontle	II — C (15 en 7): H (7 en 3) y E (8 en 4)
cocol	I — H (1 en 1)

	cocolazo	II—H (1 en 1)
40	coconete	IV—Ad.
	colote	IV—H (2 en 1)
	comal	I—C (29 en 14): H (19 en 8) y E (10 en 6)
	copal	III—C (9 en 5): H (7 en 3) y E (2 en 2)
	coyol	IV—H (2 en 1)
45	coyote	I—C (57 en 17): H (14 en 8) y E (43 en 9)
	coyotaje	II—E (1 en 1)
	coyotera	III—H (1 en 1)
	cuacha	V—E (1 en 1)
	cuate <sup>72</sup>	I—C (121 en 36): H (106 en 33) y E (15 en 3)
50	cuatachismo	II—E (1 en 1)
	cuescomate	V—H (1 en 1)
	cuico	II—Ad.
	cuija	III—H (9 en 1)
	cuitla	VI—H (7 en 1, en la forma <i>cuita</i> )
55	chacualear	III—Ad.
	chachalaca	III—C (5 en 3): H (4 en 2) y E (1 en 1)
	chahuiscle	IV—Ad.
	achahuisclarse	IV—Ad.

<sup>72</sup> Aparece también en las formas *cuache* (H: 1 en 1), *cuatambo* (H: 1 en 1) y *cuatezón* (H: 1 en 1), que quedan aquí recogidos dentro del lexema *cuate*.

60	chalchicuil	VI — H (1 en 1)
	chamaco	I — C (144 en 46): H (81 en 33) y E (63 en 13)
	chamagoso	II — H (1 en 1)
	chapopote	I — C (7 en 5): H (4 en 2) y E (3 en 3)
	enchapopotar	I — E (1 en 1)
	chapulín	I — H (7 en 3)
	chaquiste	V — E (1 en 1)
65	charal	II — C (8 en 6) H (5 en 4) y E (3 en 2)
	chayote	I — C (10 en 3): H (9 en 2) y E (1 en 1)
	chayotera	II — E (3 en 2)
	chinchayote	III — Ad.
70	chía	II — C (2 en 2): H (1 en 1) y E (1 en 1)
	chicle	I — C (26 en 17): H (18 en 12) y E (8 en 5)
	chiclero	I — C (5 en 3): H (1 en 1) y E (4 en 2)
	chiclosos	I — H (1 en 1)
	chichi	I — H (15 en 3)
	chichicascle	IV — H (6 en 2)
75	chichicuilotte	II — H (5 en 2) <sup>73</sup>
	chihuahua	I — C (15 en 4): H (3 en 3) y E (12 en 1)
	chilacayote	II — C (9 en 4): H (6 en 3) y E (3 en 1)
	chilango	II — Ad.

<sup>73</sup> De ellas, tres veces en una encuesta apareció en la forma *chicuilote*, menos conocida.

80	chilaquil(e)	II — H (2 en 2)
	chile	I — C (171 en 56); H (143 en 45) y E (21 en 11)
	enchilada	I — C (23 en 12); H (21 en 10) y E (2 en 2)
	enchilarse	I — C (27 en 14); H (20 en 10) y E (7 en 4)
	chichile	VI — H (1 en 1)
85	chilpachole	III — C (4 en 2); H (3 en 1) y E (1 en 1)
	chilpayote	II — H (1 en 1)
	chiltepin	IV — Ad.
	chimal	V — Ad.
	chinaco	III — C (5 en 3); H (1 en 1) y E (4 en 2)
90	chinampa	II — C (6 en 4); H (4 en 3) y E (2 en 1)
	chípil	II — Ad.
	chipote	I — Ad.
	chipotle	I — H (1 en 1)
	chiquihuite	II — C (8 en 4); H (7 en 3) y E (1 en 1)
95	chocolate	I — C (68 en 35); H (53 en 27) y E (15 en 8)
	chocolatería	I — H (3 en 2)
	chocolatero	I — E (1 en 1)
	chomite	VI — E (3 en 1)
	chuchuluco	III — H (1 en 1)
100	ejote	I — C (10 en 6); H (9 en 5) y E (1 en 1)
	elote	I — C (57 en 20); H (53 en 16) y E (4 en 4)
	epazote	I — C (8 en 4); H (6 en 3) y E (2 en 1)

105	equipal escuñcle guacamole guachinango guaje guajolote guare guelaguetza güila henequén henequenera henequenero	IV — Ad. I — C (72 en 16): H (27 en 13) y E (45 en 3) I — H (3 en 3) I — C (10 en 8): H (6 en 4) y E (4 en 4) I — C (9 en 7): H (3 en 3) y E (6 en 4) I — C (36 en 20): H (28 en 17) y E (8 en 3) VI — H (5 en 1) IV — H (3 en 1) III — Ad. I — C (18 en 8): H (11 en 4) y E (7 en 4) III — E (1 en 1) II — H (2 en 1) I — C (16 en 8): H (3 en 3) y E (13 en 5) III — C (6 en 3): H (5 en 2) y E (1 en 1) I — C (10 en 6): H (8 en 4) y E (2 en 2) I — C (46 en 16): H (15 en 8) y E (31 en 8) III — E (1 en 1) III — H (3 en 1) IV — E (1 en 1) II — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3) II — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1) III — E (10 en 3) IV — E (3 en 1)
110	güila henequén henequenera henequenero	IV — Ad. I — C (72 en 16): H (27 en 13) y E (45 en 3) I — H (3 en 3) I — C (10 en 8): H (6 en 4) y E (4 en 4) I — C (9 en 7): H (3 en 3) y E (6 en 4) I — C (36 en 20): H (28 en 17) y E (8 en 3) VI — H (5 en 1) IV — H (3 en 1) III — Ad. I — C (18 en 8): H (11 en 4) y E (7 en 4) III — E (1 en 1) II — H (2 en 1) I — C (16 en 8): H (3 en 3) y E (13 en 5) III — C (6 en 3): H (5 en 2) y E (1 en 1) I — C (10 en 6): H (8 en 4) y E (2 en 2) I — C (46 en 16): H (15 en 8) y E (31 en 8) III — E (1 en 1) III — H (3 en 1) IV — E (1 en 1) II — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3) II — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1) III — E (10 en 3) IV — E (3 en 1)
115	huacal huamúchil huapango huarache huaracheo huauzoncle huehuenche huipil huitlacoche huizache huizachal	IV — Ad. I — C (72 en 16): H (27 en 13) y E (45 en 3) I — H (3 en 3) I — C (10 en 8): H (6 en 4) y E (4 en 4) I — C (9 en 7): H (3 en 3) y E (6 en 4) I — C (36 en 20): H (28 en 17) y E (8 en 3) VI — H (5 en 1) IV — H (3 en 1) III — Ad. I — C (18 en 8): H (11 en 4) y E (7 en 4) III — E (1 en 1) II — H (2 en 1) I — C (16 en 8): H (3 en 3) y E (13 en 5) III — C (6 en 3): H (5 en 2) y E (1 en 1) I — C (10 en 6): H (8 en 4) y E (2 en 2) I — C (46 en 16): H (15 en 8) y E (31 en 8) III — E (1 en 1) III — H (3 en 1) IV — E (1 en 1) II — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3) II — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1) III — E (10 en 3) IV — E (3 en 1)
120	huaracheo huauzoncle huehuenche huipil huitlacoche huizache huizachal	IV — Ad. I — C (72 en 16): H (27 en 13) y E (45 en 3) I — H (3 en 3) I — C (10 en 8): H (6 en 4) y E (4 en 4) I — C (9 en 7): H (3 en 3) y E (6 en 4) I — C (36 en 20): H (28 en 17) y E (8 en 3) VI — H (5 en 1) IV — H (3 en 1) III — Ad. I — C (18 en 8): H (11 en 4) y E (7 en 4) III — E (1 en 1) II — H (2 en 1) I — C (16 en 8): H (3 en 3) y E (13 en 5) III — C (6 en 3): H (5 en 2) y E (1 en 1) I — C (10 en 6): H (8 en 4) y E (2 en 2) I — C (46 en 16): H (15 en 8) y E (31 en 8) III — E (1 en 1) III — H (3 en 1) IV — E (1 en 1) II — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3) II — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1) III — E (10 en 3) IV — E (3 en 1)
125	huizache huizachal	IV — Ad. I — C (72 en 16): H (27 en 13) y E (45 en 3) I — H (3 en 3) I — C (10 en 8): H (6 en 4) y E (4 en 4) I — C (9 en 7): H (3 en 3) y E (6 en 4) I — C (36 en 20): H (28 en 17) y E (8 en 3) VI — H (5 en 1) IV — H (3 en 1) III — Ad. I — C (18 en 8): H (11 en 4) y E (7 en 4) III — E (1 en 1) II — H (2 en 1) I — C (16 en 8): H (3 en 3) y E (13 en 5) III — C (6 en 3): H (5 en 2) y E (1 en 1) I — C (10 en 6): H (8 en 4) y E (2 en 2) I — C (46 en 16): H (15 en 8) y E (31 en 8) III — E (1 en 1) III — H (3 en 1) IV — E (1 en 1) II — C (11 en 8): H (8 en 5) y E (3 en 3) II — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1) III — E (10 en 3) IV — E (3 en 1)

huizachera	V—E (5 en 2)
hule	I—C (11 en 9): H (6 en 5) y E (5 en 4)
ahulado	II—E (2 en 2)
itacate	I—C (7 en 2): H (1 en 1) y E (6 en 1)
ixtabentún	V—H (1 en 1)
ixtle	I—C (18 en 11): H (10 en 6) y E (8 en 5)
ixtlero	II—E (1 en 1)
jacal	I—C (140 en 13): H (9 en 8) y E (131 en 5)
jícama	I—C (12 en 8): H (11 en 7) y E (1 en 1)
jicamero	II—H (1 en 1)
jícara	I—C (17 en 9): H (10 en 6) y E (7 en 3)
jicote	III—Ad.
jilote	III—C (2 en 2): H (1 en 1) y E (1 en 1)
jilotear	IV—H (2 en 1)
jiloteo	IV—E (1 en 1)
jilotillo	V—H (3 en 1)
jiole	II—C (5 en 5): H (1 en 1) y E (4 en 4)
jiotoso	II—H (2 en 1)
jitomate	I—C (97 en 41): H (69 en 32) y E (28 en 9)
enjitomatar	II—E (1 en 1)
jocoque	II—E (1 en 1)
jocote	V—E (1 en 1)
juil	V—E (1 en 1)

150	macehual	V — Ad.	
	machincuepa	III — E (1 en 1)	
	machote	III — Ad.	
	malacate	III — C (7 en 5): H (3 en 2) y E (4 en 3)	
	malinchismo	III — H (2 en 2)	
	malinchista	III — C (3 en 2): H (1 en 1) y E (2 en 1)	
155	mapache	II — E (3 en 1)	
	maquech	IV — H (2 en 1)	
	matatena	I — Ad.	
	mayate	II — C (5 en 2): H (4 en 1) y E (1 en 1)	
	mecapal	III — E (4 en 3)	
	mecapalero	III — E (1 en 1)	
160	mecate	I — C (17 en 10): H (16 en 9) y E (1 en 1)	
	mecatal	IV — H (2 en 1)	
	meclapil	V — H (2 en 1)	
	mecuete	VI — H (2 en 1)	
165	memela	III — H (4 en 1)	
	metate	I — C (42 en 18): H (27 en 13) y E (15 en 5)	
	mezcal	I — C (46 en 16): H (21 en 10) y E (25 en 6)	
	mezcalero	II — E (1 en 1)	
	mezcalina	V — E (1 en 1)	
170	mezquite	II — C (53 en 6): H (9 en 2) y E (44 en 4)	
	mezquital	III — E (2 en 1)	

175	michi	VI — H (1 en 1)
	milpa	I — C (86 en 18): H (30 en 11) y E (56 en 7)
	milpal	III — E (2 en 1)
	mitote	I — C (6 en 3): H (3 en 1) y E (3 en 2)
	mitotero	I — Ad.
	mixiote	III — E (1 en 1)
	molcajete	I — C (25 en 10): H (23 en 9) y E (2 en 1)
	mole	I — C (115 en 40): H (104 en 34) y E (11 en 6)
180	atemole	VI — H (6 en 1)
	ixcamole	VI — H (1 en 1)
	chilmole	IV — H (1 en 1)
	chimolero	III — E (1 en 1)
	molote	III — H (2 en 2)
185	naco	III — H (4 en 4)
	nagual	II — C (11 en 4): H (2 en 1) y E (9 en 3)
	náhuatl	I — Ad.
	nahuatlato	V — Ad.
	nanche	IV — Ad.
190	nauyaca	IV — C (9 en 4): H (6 en 2) y E (3 en 2)
	neutle	V — E (2 en 1)
	nexcomil	V — H (8 en 1)
	nixtamal	I — C (19 en 12): H (7 en 5) y E (12 en 7)
	nopal	I — C (48 en 23): H (19 en 14) y E (29 en 9)

195	nopalera	I — C (19 en 2): H (1 en 1) y E (18 en 1)
	ocelote	III — E (1 en 1)
	ocote	I — C (31 en 13): H (9 en 5) y E (22 en 8)
	ocochal	VI — E (1 en 1)
	ocotero	II — E (1 en 1)
200	ocotillo	IV — E (1 en 1)
	olote	II — C (14 en 6): H (9 en 2) y E (5 en 4)
	olotera	III — H (2 en 1)
	otate	III — E (1 en 1)
	otatillo	V — Ad.
205	oyamel	III — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1)
	pagina	II — H (2 en 1)
	paliacate	I — C (5 en 4): H (1 en 1) y E (4 en 3)
	papalote	I — C (5 en 2): H (3 en 1) y E (2 en 1)
	papazul	V — H (2 en 1)
210	pascle	VI — Ad.
	paxclal	VI — H (1 en 1)
	pepenar	I — H (2 en 1)
	pepenador	I — C (6 en 4): H (4 en 2) y E (2 en 2)
	petaca	I — C (13 en 6): H (11 en 4) y E (2 en 2)
215	petacón	I — Ad.
	petate	I — C (56 en 19): H (25 en 12) y E (31 en 7)
	petatear(se)	I — C (3 en 2): H (1 en 1) y E (2 en 1)

	petateada	III — Ad.	
	peyote	IV — C (8 en 5): H (2 en 1) y E (6 en 4)	
	pibil	III — H (1 en 1)	
	pilmama	I — Ad.	
	pinacate	III — C (7 en 3): H (6 en 2) y E (1 en 1)	
	pinole	I — C (4 en 3): H (2 en 1) y E (2 en 2)	
	piocha	II — Ad.	
	pípilo	II — H (12 en 5)	
	pizote	VI — E (1 en 1)	
	popote	I — C (2 en 2): H (1 en 1) y E (1 en 1)	
	popotillo	III — E (3 en 1)	
	pozol(e)	I — C (36 en 8): H (18 en 6) y E (18 en 2)	
230	pulque	I — C (189 en 31): H (104 en 24) y E (85 en 7)	
	pulcazo	II — E (1 en 1)	
	pulquería	I — C (13 en 9): H (7 en 6) y E (6 en 3)	
	pulquero	I — C (4 en 3): H (3 en 2) y E (1 en 1)	
	quelite	II — C (7 en 6): H (4 en 3) y E (3 en 3)	
	quelitismo	VI — E (1 en 1)	
	papaloquelite	IV — H (1 en 1)	
	quetzal	III — E (3 en 2)	
	quesquémetl	III — H (1 en 1)	
	quintonil	III — Ad.	
240	quiote	V — C (4 en 3): H (3 en 2) y E (1 en 1)	

salbute	VI — H (1 en 1)
socoyote	IV — Ad.
tejamanil	III — E (3 en 1)
talache	II — Ad.
245 tamal	I — C (45 en 25): H (40 en 21) y E (5 en 4)
nacatamal	V — Ad.
quilotamal	VI — H (1 en 1)
tambache	I — E (1 en 1)
tanate (tenate)	III — H (3 en 2)
250 tatamar	II — H (2 en 1)
tayacán	VI — E (1 en 1)
tecali	IV — Ad.
tecolote	I — C (7 en 3): H (4 en 1) y E (3 en 2)
tecomate	V — E (2 en 2)
255 tecotehue	VI — E (1 en 1)
tejocote	I — C (21 en 12): H (18 en 10) y E (3 en 2)
tejolote	II — Ad.
tejuino	V — H (1 en 1)
temascal	IV — E (1 en 1)
260 tenamascle	V — C (4 en 2): H (3 en 1) y E (1 en 1)
teocali	III — C (8 en 3): H (1 en 1) y E (7 en 2)
tepache	I — C (13 en 6): H (12 en 5) y E (1 en 1)
tepachería	I — E (1 en 1)

265	tepalcate	II — C (8 en 5): H (7 en 4) y E (1 en 1)
	tepeguaje	V — Ad.
	tepetate	II — C (10 en 6): H (2 en 1) y E (8 en 5)
	teponastle (tequescamote: v. ca- mote)	III — H (1 en 1)
	tequesquite	II — H (3 en 2)
	tequila	I — C (45 en 22): H (39 en 17) y E (6 en 5)
270	tequilerera	I — H (1 en 1)
	tescal	VI — Ad.
	tezontle	II — C (17 en 7): H (5 en 3) y E (12 en 4)
	tianguis	II — C (12 en 3): H (5 en 2) y E (7 en 1)
	tilma	III — Ad.
275	tinacal	III — E (1 en 1)
	tiza	III — E (1 en 1)
	tlaco	III — Ad.
	tlaconete	II — Ad.
	tlacoyo	III — Ad.
280	tlacuache	II — C (74 en 7) <sup>74</sup>
	tlacuil	V — H (4 en 1)

<sup>74</sup> De ellas, en una sola obra literaria aparece 63 veces. Una vez, en el habla, apareció en la forma *tlacuache*, y dos veces, en la lengua escrita, en la forma *tlacuatin*, que poca gente conoce (grupo VI del vocabulario pasivo).

tlachique	III — E (4 en 2)
tlachiquero	III — E (1 en 1)
tlapalería	I — C (27 en 4): H (9 en 2) y E (18 en 2)
tlapalero	I — H (1 en 1)
tlascal (tasca)	VI — H (2 en 1)
tocayo	I — Ad.
toloache	II — C (4 en 2): H (1 en 1) y E (3 en 1)
tololoche	III — Ad.
tomate	I — C (23 en 13): H (19 en 10) y E (4 en 3)
miltomate	V — H (2 en 1)
(v. además <i>jitomate</i> )	
tompiate	III — Ad.
topil	VI — E (2 en 1)
totol	V — H (2 en 2)
totomoxtle	VI — H (1 en 1)
totopo	II — H (4 en 3)
tule	II — C (13 en 6): H (10 en 4) y E (3 en 2)
tular	III — H (1 en 1)
tuza	II — C (18 en 3): H (16 en 1) y E (2 en 2)
tucero	VI — H (2 en 1)
uchepo	V — H (2 en 1)
xolosóchil	VI — E (1 en 1)
yagual	VI — E (1 en 1)

285

290

295

300

305	zacahuistle	V — Ad.
	zacamiche	VI — H (1 en 1)
	zacate	I — C (25 en 10): H (21 en 6) y E (4 en 4)
	zacatal	I — E (2 en 1)
	zacatón	III — Ad.
	zacatonal	IV — E (1 en 1)
310	zapote	I — H (25 en 8)
	chicozapote	I — C (3 en 3): H (2 en 2) y E (1 en 1)
	zontle	VI — C (9 en 2): H (7 en 1) y E (2 en 1)
	zopilote	I — C (35 en 15): H (24 en 9) y E (11 en 6)

## S I G L A S

- AdeL* = Anuario de Letras. Universidad Nacional Autónoma de México.
- BDH* = Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Buenos Aires.
- BICC* = Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- DCELC* = Juan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid.
- FCE* = Fondo de Cultura Económica. México.
- NRFH* = Nueva Revista de Filología Hispánica. México.
- RFE* = Revista de Filología Española. Madrid.
- RPb* = *Romance Philology*. Berkeley, California.
- StL* = *Studia Linguistica*. Lund-Copenhague.
- ZRPb* = *Zeitschrift für Romanische Philologie*. Tübingen.



## ACLARACIÓN

Pág. 23. El primer porcentaje de la segunda línea de la nota 27 debe ser 12%, en lugar de 20%.



Esta obra se terminó de imprimir en los talleres de Fuentes Impresores S. A., Centeno 4-B, México 13, D. F., el día 5 de junio de 1969. Se imprimieron 2 000 ejemplares. En su composición se utilizaron tipos Garamond 10:11 y 8:9. Diseñó la edición *Jas Reuter* y fue cuidada por el autor y *Carlos Francisco Zúñiga*.

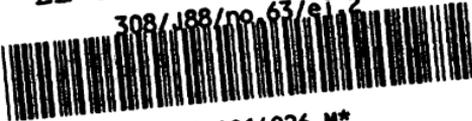


## JORNADAS

- Aub, M., *Discurso de la novela española contemporánea*. (Núm. 50.) 40 pp.
- Becker, H. y Fröhlich, Ph., *Toymbee y la sociología sistemática*. (Núm. 32.) 52 pp.
- Bernaldo de Quiroz, J., *El seguro social en Iberoamérica*. (Núm. 44.) 96 pp.
- Bohrisch, A. y W. König, *La política mexicana sobre inversiones extranjeras*. (Núm. 62.) 84 pp.
- Bourricaud, F., *Ideología y desarrollo: El caso del partido aprista peruano*. (Núm. 58.) 50 pp.
- Callois, R., *Ensayo sobre el espíritu de las sectas*. (Núm. 41.) 64 pp.
- Calvillo, M., Francisco Suárez, *La filosofía jurídica. El derecho de propiedad*. (Núm. 43.) 116 pp.
- Carneiro Leao, A., *Pensamiento y acción*. (Núm. 27.) 40 pp.
- Castro, J. de, *Fisiología de los tabús*. (Núm. 49.) 40 pp.
- Cowart, B. F., *La obra educativa de Torres Bodet. En lo nacional y lo internacional*. (Núm. 59.) 57 pp.
- Davis, K., *Reflexiones sobre las instituciones políticas*. (Núm. 47.) 56 pp.
- Durán, M. A. y J. R. Rodríguez Adame, *Cuestiones agrarias de México*. (Núm. 55.) 80 pp.
- Ferrater Mora, J., *Cuestiones españolas*. (Núm. 53.) 72 pp.
- García, A., *Régimen cooperativo y economía latinoamericana*. (Núm. 22.) 79 pp.
- Ímaz, E., *Asedio a Dilthey. Un ensayo de interpretación*. (Núm. 35.) 92 pp.
- Kirchheimer, O., *En busca de la soberanía*. (Núm. 42.) 60 pp.
- Le Riverend, J., *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)*. (Núm. 46.) 80 pp.
- MacLean y Estenós, R., *Racismo*. (Núm. 37.) 48 pp.
- Miranda, J., *El método de la ciencia política*. (Núm. 40.) 64 pp.
- Ots Capdequí, J. M., *El siglo xvii español en América*. (Núm. 30.) 104 pp.

- Pedroso, M. M., *La prevención de la guerra.* (Núm. 9.) 40 pp.
- Pekelis, A. H., *Una jurisprudencia del bien común. Posibilidades y limitaciones.* (Núm. 45.) 64 pp.
- Poblete Troncoso, M., *El movimiento de asociación profesional obrera en Chile.* (Núm. 29.) 80 pp.
- Portuondo, J. A., *El contenido social de la literatura cubana.* (Núm. 21.) 93 pp.
- Prados Arrarte, J., *El plan inglés para evitar el desempleo.* (Núm. 23.) 82 pp.
- Quintana, C., R. Cuervo, M. J. Hoyo, M. Camiro y J. D. Lavín, *Cuestiones industriales de México.* (Núm. 48.) 108 pp.
- Robles, G., *La industrialización en Iberoamérica.* (Núm. 17.) 78 pp.
- Roig de Leuchsenring, E., *Trece conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895.* (Núm. 34.) 40 pp.
- Romanell, P., *La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico.* (Núm. 56.) 64 pp.
- Santullano, L. A., *Mirando al Caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico.* (Núm. 54.) 88 pp.
- Schott, R., *Consecuencias de la expansión europea para los pueblos de ultramar.* (Núm. 60.) 48 pp.
- Simpson, L. B., *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador, con unas "Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos",* por Ramón Iglesia. (Núm. 51.) 48 pp.
- Treves, R. y F. Ayala, *Una doble experiencia política: España e Italia.* (Núm. 25.) 68 pp.
- Urquidí, V. L., *Teoría, realidad y posibilidad de la ALALC en la integración económica latinoamericana.* (Núm. 61.) 60 pp.
- Vitier, M., *La lección de Varona.* (Núm. 31.) 72 pp.
- Willems, E., *El problema rural brasileño desde el punto de vista antropológico.* (Núm. 33.) 40 pp.
- Yáñez, A., *Fichas mexicanas.* (Núm. 39.) 96 pp.
- Zavala, S., *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala.* (Núm. 36.) 88 pp.
- Zea, L., *En torno a una filosofía americana.* (Núm. 52.) 80 pp.
- Znaniecki, F., *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones.* (Núm. 24.) 80 pp.

**BIBLIOTECA**  
INVENTARIO 2015  
DANIEL COSIO VILLEGAS

EL COLEGIO DE MEXICO  
308/188/no. 63/ej. 2  
  
\*3 905 0014026 M\*

**BIBLIOTECA**  
INVENTARIO 2015  
DANIEL COSIO VILLEGAS

La lengua española, al llegar a México en el siglo XVI, se puso en contacto directo con los idiomas aborígenes, con los cuales ha convivido durante varias centurias. Esa convivencia secular originó intercambios e influencias recíprocas, especialmente entre el náhuatl y el castellano. En este estudio se procura precisar en qué medida ha dejado la lengua de los aztecas su huella en el español que hoy hablamos en México. La investigación, hecha por el Seminario de Dialectología de El Colegio de México bajo la dirección del Dr. Juan M. Lope Blanch, atiende tanto a la lengua hablada como a la escrita, y proporciona conclusiones estadísticas muy reveladoras.